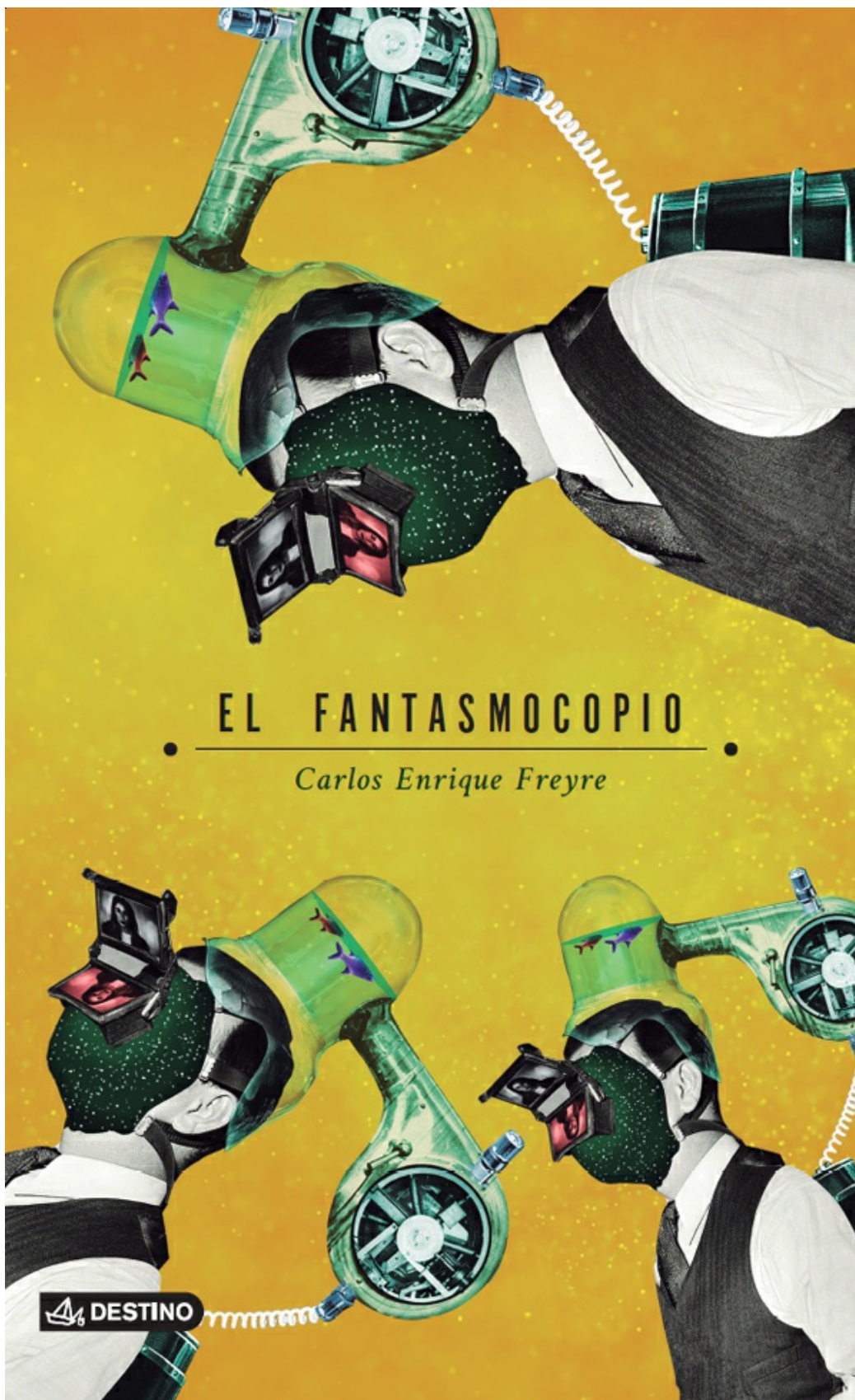




EL FANTASMOCOPIO


Carlos Enrique Freyre





EL FANTASMOCOPIO

Carlos Enrique Freyre

 DESTINO

El Fantasmocopio

CARLOS ENRIQUE FREYRE



De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño Editorial Planeta Perú

El fantasmocopio

©2018, Carlos Enrique Freyre

© 2018, Editorial Planeta Perú S.A.

Bajo su sello editorial Destino

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: noviembre 2018

ISBN: 978-612-4249-24-2

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

Índice

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Francis Fahlman OFM, mi mentor

Locura tal vez, locura grande, querer penetrar en el misterio de ultratumba, locura querer sobreponer a nuestras imaginaciones, preñadas de contradicción infinita, por encima de lo que una sana razón nos dicta. Y una sana razón nos dice que no se debe fundar nada sin cimientos, y que es labor, más que ociosa, destructiva, la de llenar con fantasía el hueco de lo desconocido.

MIGUEL DE UNAMUNO

Uno

Otra vez, de pie frente al amor de su vida, María Estela recordaría uno a uno los detalles del día en que la historia del mundo se desvió al fondo a la derecha. Como de costumbre, abrió los ojos pardos antes de que el alba le ganara la partida a la noche y brincó por el lado derecho de la cama para caer exactamente sobre las sandalias de baño. Se retiró el pijama que dejaba entrever la fisonomía montaraz de su cuerpo contorneado por un pincel y comenzó con la misma rutina patética de los últimos dos años de su vida, adquirida como reportera del canal de televisión más importante del país. Vivía adherida a un cronómetro de competencia atlética.

Se quedaba sin pijama, sin sostén y sin calzón en treinta y seis segundos, y entraba a la ducha en otros veinte. Se lavaba el cabello en tres minutos con cuarenta y cuatro, se jabonaba el cuello en veintisiete, los senos pálidos y la espalda en un minuto doce, el vientre de tablero con el pubis ralo y el sexo en otro minuto con veinte. En las piernas largas de tallo vegetal y en los pies, número treinta y cinco en zapatos y treinta y seis en zapatillas, se tardaba tres minutos cincuenta y cinco. A veces redondeaba a cuatro. Se enjuagaba la humanidad en un minuto treinta y tres, de tal manera que trece minutos y siete segundos después se colocaba la salida de baño para acicalarse. Casi a los veinte minutos estaba lista y exacta, bajando la escalera y doblando en dirección a la sala.

Abría el refrigerador, tomaba la ración habitual de yogurt de fresa, el pan dietético y la margarina integral menos-calorías y los engullía para sobrevivir hasta hallar, durante la mañana, una rendija prudente de tiempo en que pudiera degustar el desayuno caliente. Impulsada por el mismo cronómetro interno, salía con dirección al automóvil, lo encendía para preparar el motor, abría la puerta de la cochera, prendía la radio para enterarse de las novedades de la madrugada y, muy independiente y cosmopolita, lanzaba el cartapacio con las notas para el día en el asiento del copiloto. A las cinco de la mañana, el tráfico en la ciudad de Lima era nulo. Los únicos que habitaban las pistas húmedas de rocío y pena eran los taxistas lechuceros a la caza de trasnochadores, los trabajadores de lo oscuro, sus viciosas variantes vernaculares y la neblina come-gente. Enrumbaba a setenta por hora, tomaba la avenida de siempre, giraba en las mismas esquinas, frenaba en los mismos rompemuelles y se bamboleaba en los mismos baches.

A las cinco y diez en punto, el automóvil rojo estaba entrando en el parqueo para trabajadores del canal. El edificio verde tenía la forma de un adoquín de cuatro pisos. Con buen clima, se podían ver los paneles con las fotografías de los hombres y mujeres de la televisión, aliñados y maquillados perfectamente, incluida ella misma en su versión más sensual, más coqueta y menos creíble. Pero la neblina, siempre la neblina, omnipresente y cabal, ocultaba el amanecer y derruía

los crepúsculos. Saludó de memoria al vigilante marrón, a la recepcionista límpida detrás del mostrador y subió la escalera, contando también los segundos hasta arribar de golpe a la oficina del barbudo director periodístico que, besito en la mejilla —medio en serio, medio en broma—, le decía «Hola, amor», rogando porque un descuido o un resbalón logaran inmiscuirlo entre sus bellas piernas. Sobre una pizarra acrílica tenía escrito al detalle con flechas y abreviaturas las atrocidades programadas para el día. Calculó la demora de sus instrucciones con el péndulo de acero que se había construido a fuerza de ejercer la rutina, el mismo con el que se gobernaba la vida y que había asesinado con ataques de minutos y segundos de distinto calibre a un novio en las sombras y a un pretendiente contumaz que no pudo sobrevivir a las ráfagas del cronómetro.

«La huelga del día promete violencia, amor», le dijo el director. En alguna comisaría de la capital, un grupo de policías preparaba una abundante cantidad de bombas lacrimógenas, varas y proyectiles de goma; mientras que en la otra esquina, y en la categoría de peso pesado, piquetes de trabajadores preparaban piedras, palos y fierros en auténtica señal de democracia nacional. El barbudo sabelotodo de la noticia, sabueso de la información con rating, señaló con el índice mediático y le advirtió con su sonrisa:

—Ahora sí, amor, no vale llorar.

Los policías, cascos, lanzagranadas, escudos, chalecos y equipos antimotines estaban en sus puestos, esperando la aparición de los manifestantes correctamente organizados en jaurías. María Estela debía estar a la expectativa desde algún lugar estratégico, esperando el inicio de la contienda. Bajó con el equipo técnico hasta la puerta del canal, derrochando palabras. Impartió órdenes e indicaciones: mujer de carácter, aspirante a matrona televisiva, creía que algún día se encaramaría en ese pedestal a base de fuerza de voluntad adicional, poco alcohol y pastillas de *ginseng* tratado en laboratorio. El chofer, los dos camarógrafos y el asistente vivían acostumbrados, cada uno a su modo, a esas diatribas sin trascendencia ni inflexiones y al cronómetro asesino que les quebraba los huesos, con combinaciones pugilísticas del segundero. Estaban por trepar a la camioneta que los llevaría hasta la noticia, cuando el hombre negro vestido de lila apareció de la bruma, como si esta lo hubiera vomitado. Era un negro delgado y áspero, exorcizado por el amanecer. Se llamaba o le decían don Cristo Moreno y tenía tanta autoridad en sus ojos ígneos que ella, particularmente, se sintió paralizada en el momento en que le cerró el paso:

—Vengo en el nombre de Dios y de su prima Gianina Robinson.

Con el tiempo y completamente enamorada, volvería a recordar una y otra vez ese pequeño episodio que contabilizó en el mecanismo de su corazón y que dio inicio a que el destino del mundo se fuera al fondo a la derecha.

—Hace años mi prima Gianina Robinson falleció.

—Por eso. Un milagroso inventor la espera para que converse con ella.

—Váyase al diablo —María Estela tomó aire, el cuerpo se le erizó, adoptando la pose *mujer aguerrida defensora de la libertad de prensa*—. ¿Por quién me toma?

—No la tomo por nadie, porque usted no es agua. Lo que sí le digo es que si no cree en lo que le digo, habrá otra persona que lo hará y después no se lo perdonará.

Pensó: ¿y si tiene razón el hombre? Qué farsa. ¿Cómo pudo dar con mi prima? Deben haber pasado nueve años desde que se nos fue la pobre. ¿Mi prima Gianina? ¿Estás seguro de lo que dices, como sea que te llames? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? A ver, papeles, por favor. Identifíquese, ciudadano. Siguió cavilando, calculando el tiempo que le quedaba por decidir, envuelta por la bruma sobrecogedora, la que mata por gusto, respirando el mohín que volaba en el

aire de las seis y ensopada en el aroma de las tibias tahonas del alba metropolitana. Se fijó con más precisión en los ojos totalitarios de Cristo Moreno y se guio por el instinto de sus latidos:

—¿A dónde, María Estela? —le preguntó el chofer.

—A donde diga este hombre.

—Hacia Villa el Salvador —indicó en ese instante don Cristo Moreno.

* * *

«¿Estás loca?, ¿te pasa algo?, ¿no tomaste desayuno?, ¿estás flechada por el galán cuarentón de la novela de las nueve y desvarías, María Estela?». El asistente agitaba las manos en un ademán prolífico que decía mucho más de lo que expresaba con los labios. «Yo ya estaba convencida de que no estaba cuerda desde hace tiempo», le respondió ella, mientras observaba el cambio sin disimulos del rostro de la ciudad. Enrumbaron hacia aquel distrito descomunal surgido de la nada. Tenía una historia particular: fundado sobre un arenal infructuoso, los pobladores iniciales —en su mayoría inmigrantes del interior del país que fugaban de la violencia o la pobreza— se las habían ingeniado para construir un imperio de casitas de estera que poco a poco fue adquiriendo forma de una nueva ciudad. Esta no solo soportó el látigo árido de su naturaleza, sino que tuvo su propia época roja. Entre fines de los ochenta y principios de los noventa, Sendero Luminoso asaltó a golpes a la población, tratando de imponer su doctrina atroz y sus principios antropófagos, cobrando cuotas de sangre para controlar a las masas, pintando mensajes agrios en las paredes y amedrentando a fuerza de tiros a cualquier persona común y corriente que se le opusiera.

«¿Estás segura, segurísima, María Estela?», le volvió a preguntar el técnico Eyzaguirre. «Carajo, te digo que sí», enérgica ella, indómita a fuerza de decenas de empujones, gases lacrimógenos, malas palabras, atropellos contra el ejercicio de la libertad de expresión. «Por último, la soga al cuello la voy a tener yo. Solamente yo. ¿No es cierto? Yo voy a ser la maltratada, la granpateada y, por último, la despedida». Cristo Moreno seguía imperturbable, mirando a través del cristal en el asiento posterior y solo intervenía para indicar por dónde debían doblar. Se trasladaron por una pista ancha y moderna, salpicada por la arenisca del desierto que se negaba a agonizar, hasta que ingresaron a un barrio de pobres dinámicos y anónimos. El desorden comenzaba apenas al despertar, con los repartidores de periódicos, los perros vagabundos, los beodos sempiternos que opacaban el humo de los emolientes con su tufo a ron de quemar.

El técnico y el camarógrafo dejaron de insistir, sabían que era inútil combatir las resoluciones de María Estela. Optaron por decirle la vela verde a Cristo Moreno, y si no amenazaron con golpearlo, fue porque Moreno tenía unas manos enormes, como de boxeador. «¿Seguro que es por aquí, señor?». «Como que su madre es mujer», respondía él, sin desviar la mirada del trayecto, los ojos negros volcánicos, fosforescentes con fondo autoritario que formaban un juego de té con la voz exacta y concisa. María Estela estaba quieta, pensando que jugaba a la ruleta. Su propia índole la estaba llevando a asumir el riesgo. La complexión no congruente con su feminidad respingada. Si por eso era reportera, un oficio no apto para damas delicadas con tendencia al modelaje. ¿No había tantas cabezas huecas en la ciudad de Lima?

Se había lanzado al ruedo, aunque ahora le provocaba retroceder y decirle al moreno ese que decía llamarse Cristo que mejor otro día, si no me despiden. Tenía la misma curiosidad que los

gatos de una sola vida. Podía asumir el riesgo, mentir, perderse o lanzarse al barro.

Al final de la pista, ingresaron por un revoltijo de callezuelas de casas sin acabados y niños famélicos que iban al colegio con sus trazas plomas, confundidos con el pronóstico meteorológico: humedad al cien por ciento y cielo permanentemente gris. Allí donde las construcciones penetraban en un cerro anónimo encontraron un inmueble de un piso, con el letrero dorado de la Pascua navideña colgando de la ventana, a pesar de que era junio. No se diferenciaba de las demás viviendas paupérrimas que la circundaban.

La zona de entrada les llevó la primera desilusión. En la sala vacía, oliendo a hollín, estaba esperándolos Teófilo Bernabé Chura, con un atuendo impecablemente viejo. Lo vio, cobrizo y taciturno, y ni siquiera le llamó la atención su perfil ambiguo ni su frente marcada por tres rayas horizontales que le unían ambas sienas. Apenas había un par de sillas distintas entre sí, una mesa desnuda para las comidas de mañana, tarde y nunca, la calavera de ladrillo de las paredes mal cimentadas, el punto de luz ennegrecido por un cortocircuito y ninguna otra cosa rescatable que se pudiera llevar. «Uy, María Estela, creo que la jodiste», murmuró el camarógrafo.

Sin embargo, la noticia no estaba allí, sino en el cuarto contiguo, en la única habitación que tenía puerta y seguro con llave. Cuando pasaron, se encontraron con lo que bien podía fluctuar entre una antigua nave espacial, un tanque de guerra ruso o un taller de electrónico. Un intrincado caos de alambres y alambiques y consolas y botones y controles y palancas se esparcía en un desorden inexorable, incomprensible, inaudito. Había luces que parpadeaban de la misma forma en que otros aditamentos daban vida a las agujas de los controladores. Por encima, una pantalla de televisor adaptada emitía la imagen de un ser sin cabellos y desnudo. María Estela se fue acercando.

—Este es el sistema dimensional para el contacto con humanos no visibles —dijo Teófilo Bernabé.

—Mejor dicho, una máquina para ver a los muertos, como la que está viendo ahora mismo —concluyó Cristo Moreno.

Seguía aproximándose, cuidando de no tropezar, paso a paso, hasta que la imagen de la pantalla la llamó por el nombre que solamente usaban sus allegados.

—Hola, Marité.

—¿Gianina? ¿Prima?

—Primita.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Cómo sé si esto no es un engaño?

Del otro lado de la pantalla, Gianina Robinson comenzó a recitar: *la gallina que no come trigo ni maíz, que se vaya a su país, qué país, qué país*. Dictó todas las fórmulas secretas de las palmaditas con las que se entendían durante su niñez feliz en la gran casa blanca de Rinconada del Lago y, para mejores señas, le hizo recordar el viejo juego de la casa de las muñecas, el árbol genealógico de la familia, el primer romance con Harold de Padua, el hijo del diplomático, las tardes en que jugaban a ser mujeres en el Regatas Lima.

—¡Primita Gianina! ¡Pero si tú estás muerta!

—Nunca lo estuve, primita. Solo me cambié de lugar.

Los minutos siguientes fueron sísmicos, eternos, cáusticos, confusos, tétricos y emocionantes. Había demasiadas preguntas que hacer, demasiadas decisiones por tomar, demasiados asuntos por aclarar. Era descomunal. El escaso tiempo que les quedaba se parecía al estertor crucial de la propia agonía. «¿Qué harás, prima?». Anonadada, Marité Amat se puso a recordar, nueve años antes, el fêretro viajando en los hombros hasta su ruina, su llanto, el impacto profundo de la

desaparición de la prima-hermana querida, consumida por una enfermedad que la arrancó tan niña, tan dulce. «¿No crees que soy yo?». «No sabes cuánto te lloré». «Sí, lo sé. Más bien, no sabes cuánto te he visto todo este tiempo». Salió de su abstracción, fiel a su espíritu férreo, retrocedió un paso, uno solamente, y fijó sus ojos en los dos hombres.

—Necesito una autorización del canal para salir con esto al aire. Es bastante delicado.

—Tómelo o déjelo. Y se lo repito: si no es usted, serán otros. Al final, todo se sabe —le dijo Cristo Moreno.

—Prima, de una buena vez el mundo debe saber lo que nos pasa. La realidad debe fluir de una vez por todas —le dijo desde la pantalla Gianina Robinson.

«Ni modo, María Estela». «Ni modo», repitió Marité. A partir de ese momento, las cinco personas presentes en esa habitación pasarían a ser parte de la Historia. «Va a ser un gran golpe de Estado». «Una revolución». «Instala el equipo», dijo ella. Rápidamente colocaron los trípodes elementales, los mandos de transmisión, conectaron el micrófono y comenzaron a contar en retroceso. «Lista la señal». «Estamos al aire».

A las siete y treinta en punto se pudo apreciar su presencia en todas las pantallas del noticiero matutino con el que la vida de un país comenzaba, tal como sucedía a diario desde hacía dos años. El espacio comenzaba con los accidentes de tránsito, con los incendios fatales originados por una vela o un pucho de cigarro mal apagado; seguía con los resultados del fútbol, las huelgas por las vindicaciones de las reivindicaciones, las denuncias congresales, las denuncias ambientales, las denuncias policiales, los violadores de menores, los agujeros ultravioletas de la capa de ozono; y se diluía en los secretos para la piel, en las recetas culinarias, los comentarios de las películas, las modas primavera-verano y los concursos de belleza. Ni en sus pronósticos más desquiciados, nadie imaginaba que ese día se iba a llegar más allá de la luna.

Cuando el narrador de noticias la vio —lo recordaría algunos años más tarde, cuando todavía se conmemoraba la magna fecha—, supuso que habría algo especial, no sabía qué, pero se lo dejó a sus propios instintos. Por el interno le preguntó: «¿Esa es la huelga o es la casa de un obrero asesinado?», y ella le respondió: «Nada de eso. Lo que sí, ahora recién sé que Dios verdaderamente existe». No comprendió. La dejó continuar. Marité se cercioró de que el micrófono estuviera operativo y, por primera vez en dos años —mujer predestinada, cabal, segura de sí misma, que convertía en una friolera las más enervadas pasiones—, sintió un temblor de manos. Un temblor de manos que se le trasladó a la voz. Hizo un esfuerzo sobrehumano para que no se le quebraran las cuerdas vocales, para tensarlas hasta transformarlas en hebras de metal, y así, dijo estas palabras y no las que consignan ahora los libros de Historia: *Señores televidentes del país y todos quienes nos ven por la Cadena Sur y a través del cable y de la Internet, en estos momentos tengo el honor de presentarles a este inventor. El señor... ¿Teófilo Bernabé Chura?... Sí, así se llama y lo que tienen aquí es nada menos que un sistema que permite ver el alma de los muertos. Exactamente como lo escuchan. A partir de hoy, ya nada será lo mismo.*

Sin pensar, profirió un breve discurso que afloró de sus nervios; el micrófono bien apretado, con los dedos haciendo fuerza para que no se le cayera de las manos, la vida que se le iba y venía por una torrentera, los dientes firmemente agarrados de las encías, el diafragma convertido en una bola de acero, el corazón pétreo, los senos enhiestos, las uñas aplomadas, los cartílagos de la nariz afilados, los muslos contraídos.

—¿Estás segura de lo que dices, María Estela? —la conminó el narrador.

—Aquí tengo la prueba —dijo ella, mientras la cámara ponchaba la pantalla y la enredadera de circuitos.

En su cubículo habitual, el barbudo director de prensa escupió el café y manchó la fotografía de su viaje a Burdeos. Observaba boquiabierto la escena entre el narrador de noticias y la reportera. De inmediato, tomó el celular, buscó el nombre de María Estela en la agenda, pero, justo en ese momento, entraron las llamadas del dueño del canal, del presidente del Consejo de Ministros, de la Secretaría General de Palacio de Gobierno, del Oficial Mayor del Congreso de la República, de la curia apostólica, de su propia esposa y de la Sociedad Nacional de Fenómenos Extrasensoriales y Paranormales. «¿Qué está haciendo esta mujercita?», pensó, tiritando de rabia.

Salió corriendo de la oficina por el pasadizo que desemboca en el set y volvió a observar la tercera pantalla de control. Miró bien a María Estela Amat. Descubrió que estaba nerviosa, porque el rubor natural de su rostro se le había escapado, era un ser pálido que disparaba palabras e informaciones pensando en otra cosa. La angustia se la comía viva. «Qué asunto», pensó en voz alta. Cuando preguntó cuánto faltaba para el corte, le respondieron que cuarenta segundos. Se tomó la barba prominente, colorada y promiscua, entonces supo que a partir de ese momento ardería Troya.

Y ardió. Menos de media hora después, todos los medios de prensa imaginables y todos los curiosos de varios kilómetros a la redonda estaban congregados frente a la casa de Teófilo Bernabé. Por un momento, el orbe en su conjunto alzó la cabeza y se quedó obnubilado con la imagen de un solo ser humano, enorme y deforme, pestañeando ante una nueva realidad que emergía convertida en una bola de nieve, pequeñita, insignificante, y que, conforme rodaba, arrasaba con miles de años de creencias, dogmas y supersticiones. Adentro, el equipo seguía atrincherado, transmitiendo en vivo con el equipo básico de microondas que lanzó la noticia al aire como si lanzara una moneda a la ventura del sello y cara.

Fue en una de las tandas comerciales que apareció el embajador. No pudo precisar de dónde o de qué país provenía por la bulla generalizada que convergía en las afueras, pero al cabo de un rato retomó la conciencia. Era un hombre hasta el techo, rubio e impecable, con el rostro moldeado en acero inoxidable. Bajó de un auto a prueba de balas y escupitajos, con un séquito de mastodontes extraordinarios que movían la cabeza de un lugar a otro, como si funcionaran a control remoto. El aroma del embajador redujo a escombros el olor a hollín y sudor de axila quemada. Lo saludó con una naturalidad de viejo amigo y Teófilo lo confundió en su memoria con otro tipo rubicundo de iguales dimensiones en metros cuadrados y castellano prosaico que conoció de lejos, nueve años antes, en la mansión de los Robinson.

Marité observó bien la escena. Con la experiencia a cuestas, tenía una idea íntegra de la medida de los actos de la fauna política nacional e internacional y sus ardides para con los pobres. Dos hombres de ternos oscuros extendieron un maleficio de papeles y el embajador mostró sus dos hileras de dientes de marfil. «Te ofrecemos lo siguiente: la nacionalidad americana en veinticuatro horas, sin intermediarios, y una residencia de verano en Miami, con vista al mar de la Florida, protegida contra huracanes y tormentas tropicales». Luego extrajo una cámara digital, la conectó a una laptop y comenzó a mostrarle la mansión de veintisiete habitaciones, tres piscinas, jardín de terrazas y frutales, sala enchapada y hasta perros guardianes. La casa de invierno sería a escoger y de acuerdo con su inspiración, e incluía un zoológico privado. «Pensión vitalicia por ser considerado héroe de la humanidad y doctorado *honoris causa* en las universidades de Harvard, Yale y Princeton; condecoración de las Naciones Unidas por aportes invalorable a la humanidad. Medalla de la Nación y el Corazón Púrpura, por si acaso». Los hombres, magos elegantes, continuaban sacando prebendas debajo de las mangas, mientras el embajador hablaba desde sus dientes brillantes, con un español perfectamente masticado. El final

del colosal premio, aparte del honor y de la dignidad de ser un nuevo ciudadano del país más poderoso del mundo, pasaba por trasladarse a su nueva cuna, nido, casa, hogar, pesebre o como quisiera que se llamase, con todo el sistema inventado por él, para perfeccionarlo en aras de la ciencia.

Otra vez, de pie frente al amor de su vida, María Estela Amat recordaría aquel hecho, la simplicidad de un ser tan sencillo hasta la nimiedad, sus respuestas pueriles y vírgenes, sin un ápice de malicia.

—¿Y después cómo converso con Gianina Robinson? —les preguntó.

Ni el embajador ni sus néfilim, ni María Estela ni su equipo lo comprendieron en ese instante, aunque al cabo de un tiempo lo sabrían de sobra. En las afueras, un ejército de corresponsales clamaba por una primicia. La única respuesta del Estado tardío había sido colocar el cordón de seguridad que iba usar para espantar la huelga en las afueras del inmueble con tal de evitar que la muchedumbre se metiera por los techos. Ya eran las nueve de la mañana. Marité por fin respondió el teléfono: «Felicidades, amor», le dijo el barbudo. «No te muevas y transmite cada hora mientras vemos cómo avanza este incendio; y no te preocupes, amor de mis amores, que Genaro está feliz». Ella no se sintió alegre ni triste, porque la incertidumbre estaba por encima de su índice ponderado de calorías. A esas horas, los rostros de Teófilo Bernabé y su escudero ya habían dado varias veces la vuelta al mundo. Teófilo era un hombre de cobre, atizado por un aire lacónico que inspiraba a darle de comer. Cuando volvieron a establecer contacto para el avance informativo, sus biografías estaban mal escritas. Les salieron parientes de no se sabía dónde; compañeros de escuela que daban fe de la mente brillante del inventor; amores que lo reclamaban, que se desgarraban la ropa, y por qué me abandonaste cuando más te necesitaba; y el peor y menos crucial de los mentirosos afirmó algo desorbitado:

—Con el negro Cristo jugamos en las inferiores del Alianza Lima.

El diplomático, contrariado, salió con su cardumen de hombres de filme hollywoodense dispuesto a replantear la estrategia. Reconocía que se había apurado, pero sabía también que era una cuestión de puesta de mano. Casi de inmediato fue relevado por un grupo de japoneses prósperos que salió derrotado por los mismos argumentos líquidos que emanaban de Teófilo Bernabé. El sistema no se podía mover de su sitio y se acabó, qué terquedad, ni por toda la plata del mundo. Porque si el aparato se movía y lejos, no podría hablar con Gianina Robinson, y él solamente lo tenía para eso. A las doce del día se esperaba al Presidente de la República, que había abandonado su agenda de inauguraciones del día por una sesión de emergencia, donde se decidió la visita *ipso facto* al lugar de los hechos. Aparecieron las liebres, que abrieron la calle con su escándalo, seguidas por los sarcófagos con cuatro ruedas de la patria desde donde emergió, entre las rechiflas acostumbradas para un primer mandatario latinoamericano, el señor presidente, y aun así saludó los insultos, mostrando las palmas de las manos en lo alto y la sonrisa prefabricada tras arduas sesiones de actuación con sus asesores de imagen.

Don Cristo Moreno le hizo la señal de la cruz antes de abrirle. Marité lo vio saludar en nombre de la Nación, a pesar de que la Nación entera estaba en las nubes con ese asunto, porque la distorsión del boca a boca era tal que fluctuaba entre el hecho verdadero, un aquelarre de brujos y la resurrección de los muertos. A esas mismas horas inverosímiles, la historia seguía escribiéndose y retorciéndose sin pausas ni control, pues a raíz de aquella revelación iban a suceder esas cosas que ya conocemos. Los políticos, los futurólogos, los astrólogos, los profetas de turno, los naufragos en vida; cualquier individuo con dos dedos de cordura sobre la frente sabía que a partir de ahora ya nada sería igual. El mejor ejemplo ocurrió con un inmigrante

musulmán, a las dos de la tarde de ese mismo día. Se llamaba Irahim Hussain y había llegado a estas tierra huyendo de una de las múltiples guerras que terminaban de arruinar su país arruinado. Cuando la noticia le cayó, a las siete y media, de un televisor de reliquia, revisó sus bolsillos: no tenía ni para el pasaje. Aun así se acicaló la barba y tomó la dirección en que intuía quedaba el fortín de Teófilo. Caminó ciento veintisiete cuadras con la paciencia de su chiva y la consistencia de haber sido criado en donde el agua es cosa de lujo, con la vocación de dromedario que le habían construido en su patria lejana, al otro lado del fuego; y fue avanzando, a sabiendas de que tarde o temprano llegaría hasta ese confin residencial y exclusivo de la capital. Los encargados de la vigilancia externa manifestaron no haber escuchado nada, no así el resto, pues, tal como iban las cosas, la humanidad estaba más atenta que nunca a lo que sucedía en el universo. Irahim Hussain profirió un alarido que le salió del interior más tres cuartas de adentro del alma, un alarido que los libros de texto hoy en día denominan «el Grito de la avenida El Polo» y que fue otro de los primeros hechos de importancia desde el día en que el destino del mundo se desvió al fondo y a la derecha:

—Ahora sí, vengan con sus aviones, parias.

La casa de Teófilo se había convertido literalmente en una trinchera. La multitud, por ratos, trataba de arrollar el cordón de seguridad y, por otros, se calmaba a la espera de las noticias que desde adentro transmitían Marité y su equipo de microondas. El presidente observó extasiado el sistema dimensional de captación de ondas humanas. Preguntaba y Teófilo absolvía. Cristo Moreno ofrecía café. Nadie tenía hambre ni sueño ni estaba lo suficientemente cansado, pero los rostros decían otra cosa. Decían, por ejemplo: qué día de miércoles (porque además era miércoles), o qué va a ser de nosotros. O qué pasará mañana cuando nada sea lo que fue ayer. Marité seguía escudriñando el aparato y a la persona: a Teófilo. Lo miró detalladamente, hasta que rescató el rostro de cobre con las tres arrugas de sien a sien de alguno de sus recuerdos extraviados. ¿Quién era o de dónde había emergido este hombre que tenía la osadía, la imaginación, la autoridad, la suerte o el arte de atreverse a inventar semejante máquina? Mientras se revelaba el misterio del portento, el pueblo, que no entiende de nombres largos como el de sistema dimensional de captación de la puta que lo parió, casi de inmediato lo bautizó con el sobrenombre que se usa hasta ahora y que no pudo ser cambiado ni por decretos ley ni por decretos supremos ni por los códigos o las medidas que tan bizantinamente impulsó el Congreso: *el Fantasmocopio*.

¿Y quién era el hombre, Marité? Marité narradora, reportera, mujer, carácter, ganas de vivir. ¿Quién era el hombre? Marité, rescatando los recuerdos de las personas que no se veían porque no merecían ser vistas por quienes parecían o creían saberse de una índole mayor, mejor, más perfecta o quién sabe qué cosa por encima de los demás, Marité, amor, sí, lo sabía, allí estaba, claro que es él: ya sé quién eres, Teófilo Bernabé.

* * *

Filomena, su madre, estaba aburrida de parir cuando nació el décimo de diez, y por eso, después de abandonar la leche materna, permaneció olvidado en la rutina de la parentela que, en vertical u horizontal, se dedicaba por íntegro y con devoción al contrabando de artefactos eléctricos. Había visto la luz en uno de los múltiples pueblos encaramados del altiplano, a orillas del lago más alto del mundo y al pie de unos eucaliptos cuyo olor se congelaba con tan solo viajar por la atmósfera

helada. Su pueblo era lo que se dice un pueblito: casas variopintas y multicolores, tejados plateados, y una iglesia colonial y barroca. Se llegaba por una carretera sin afirmar que levantaba kilómetros de polvo amarillo secado al sol. En el cataclismo del negocio debió heredar las mismas facilidades de compra-venta-débito-intereses-crédito-rómpele-la-mano-al-aduanero-corre porque-te-pescan-los-policías-que-son-malos-sube-la-mercancía-cuenta-la-plata-te-puedo-hacer-un-descuento. Él no poseía un ápice de eso. Por eso comenzaron a considerarlo una maldición.

Primero comenzó con la casa. Cuando encendían los interruptores de la luz, se abrían los caños; y cuando jalaban la palanca del inodoro, se encendían los focos; y así hizo que tañeran las campanas de la iglesia con el timbre del cambio de hora del colegio; y a las calculadoras de mano las volvía locas, pues al apretar el signo de la suma, daba como resultado las valencias de los elementos químicos, y si usabas la resta, la cosa potenciaba a la ene. Luego decidieron trasladarlo al mercado, con el fin de no dejarlo solo en casa, pero la situación se agravó. Ahora, si se tenía que demostrar el funcionamiento de un horno microondas, se encendían los equipos estereofónicos, el control remoto de los televisores prendía las computadoras personales, calentaba las planchas y las ollas arroceras. Fue sometido a cuanto castigo tuvo que soportar con látigo y agua fría, sin comer y a la cama; y cuando la madre le preguntaba por qué hacía esas maldades con las cosas que tanto costaban traer del otro lado de la frontera, con tanto riesgo para ganarse la vida honradamente evadiendo impuestos, él respondía lo que sentía:

—Es que me pican las manos.

De aquel páramo solamente recordaría el frío que le golpeaba los pómulos y el frío que le daba en el cuello corto y circular y el frío del agua que le remojaba los pies. Hasta la escuela de barro que lo albergaba por cumplir pasó al olvido. Al interior de sus aulas, un hercúleo profesor trataba de enseñarle la tabla del cuatro, las reglas de ortografía y los accidentes de la geografía. Lo miraba atentamente, no porque atendiera a la clase, sino por escudriñar su reloj, y se imaginaba internamente el mecanismo que le daba vida a las agujas externas. Sus neuronas lo iban distorsionando tanto que sabía que, si caía en sus manos, lo convertiría en una calculadora solar. En esa comunidad de tan poca ciencia, nadie hubiera imaginado la valía de sus milagros. Su vida se resumía en tres actos: alimentarse, trastocarlo todo y soportar los castigos por sus trastornos. Lo único que recordaría sería el frío que le adoquinaba el rostro pardo, le agrietaba los labios, y el fondo azul del horizonte del lago perdiéndose en el cielo cóncavo debajo de los eucaliptos.

Su capacidad para desubicarse dentro de la sociedad era tal que, recién a los diez años, pudo distinguir un hombre de una mujer y no precisamente por el sexo, sino por los senos. Por eso creyó de juntillas que todas las personas nacían varones y en cierto momento decidían pasar a ser féminas. A su madre la llamaba «madre» creyendo que ese era su nombre de pila. Le tomaba mucho tiempo distinguir los sucesos del mundo real. Su último golpe —el más cercano a lo funesto— lo asestó en los tradicionales carnavales de febrero. En medio de los preparativos de las orquestas, de los bailarines de tijeras, del arreglo del local de los alferados y de la preparación del banquete típico, se olvidaron de cuidarlo. Tenía doce años. A la una de la tarde, el músico primer guitarra de la orquesta soltó un acorde en fa mayor sostenido y activó los fuegos artificiales. El estruendo fue tan grande que el cuartel de policías repelió el ataque. Dos danzarines de tijeras fueron atropellados por un torete que arremetió de miedo en su afán por escapar y el tocador de platillos se hirió tras la explosión de una serpentina de colores. El gobernador salió con dirección a la radio para decretar el estado de emergencia en la provincia, creyendo que se trataba de un ataque a mansalva de los resucitados grupos subversivos que otrora pululaban por la región.

Sus familiares lo encontraron impávido, comiendo de un vaso de gelatina que se había librado de ser carbonizado. La madre estaba preparando otra catana general cuando una mano salvadora intervino. Era la mano de Clemente Limachi, su tío materno que estaba presente allí, ejerciendo la mayordomía del evento por un nombramiento tradicional. Parecía un hombre de éxito, por su vestimenta, sus ademanes y su buena dicción. La madre alzó una tabla hasta la altura suficiente para que el impulso fuera más cruel al caer sobre la espalda. Acostumbrado a esa pesadumbre, Teófilo Bernabé ni pestañeaba. La voz del tío Clemente dejó inmóvil la intención:

—Hermana. Yo me llevo a este chico. Puede que sirva para algo.

—No sabes el desperdicio que me nació, Clemente.

Un día después, embarcado en una inmensa lata de sardinas con ruedas, se dio cuenta de que el frío ya no le golpeaba la cara ni le partía los labios. Llevaba una maletita de colores con tres mudas de ropa. Al escuchar crujir el motor, supo que algo estaba mal, porque los cilindros de combustión tenían un lenguaje que solamente él entendía. Empezó el largo viaje de emigración, apartándose de su pueblo primigenio, de las incomprendiones de su propia familia y de la helada que le cuarteaba la tez, del soplido que nacía en el norte y se perdía en el lago, de la naturaleza pétrea con las llamas de ojos inmóviles. Era un viaje a través de una serpiente negra de asfalto, interrumpida de vez en cuando por letreros de desvío, peajes y pueblos variopintos. No durmió en el trayecto, sorprendido por la amplitud del mundo y el color de los cerros, y por la sed del día cuando penetraba el sol. Al llegar, lo que no pudo distinguir era si la ciudad había invadido el desierto o si el desierto había invadido la ciudad, porque apareció poco a poco, sin avisos claros, no como en las pequeñas capitales que la antecedieron con sus letreros de *Bienvenidos*, *Maneje con cuidado*, *Tome ron Pomalca* y *Feliz viaje que su familia lo espera*. Tampoco durmió porque, en el trayecto sobre la serpiente, la música incesante del motor le hacía saber su queja constante: *Voy a ciento veinte hace rato porque la pata de este carnicero de chofer no da para menos. Además, los muelles me duelen por los baches de esta carretera del carajo, aunque cuando entro a la autopista de Cañete la cosa como que mejora. En las curvas, en vez de frenar, le mete palanca de cambios y eso me tiene jodida la cuarta y la segunda y, no contento con eso, este asesino lleva carga de más en los pasadizos y, si pudiera, en los techos; creerá que soy camión de papas, habrase visto semejante criminal.*

Lo otro que lo sorprendió fue que el frío no era el mismo que lo acompañaba desde que nació, sino que había cambiado por otro, con un sopor diferente, que se colaba por debajo de la ropa, luego de la piel, y oxidaba el corazón. Ese día recobró la lucidez y la razón. Las recobró con el bullicio de las voces que decían cosas tan distintas entre sí; con el claxon mentándose la madre con los otros vehículos en su loca carrera por llegar a donde fuera; con los edificios que le hacían cosquillas al cielo gris, plomo, oscuro; los ambulantes último modelo expendedores de cachivaches: la vida era una sorpresa. El tío Clemente lo llevaba de la mano para que no se le perdiera. Estaba tan acriollado por el trato con la capital que decía no creer en nadie. Bajó del ómnibus, mientras sostenía fuertemente el equipaje y fingía una dosis mayor de seguridad para evitar el olfato catalítico de los ladrones de transeúntes, y se embarcó en un taxi —criollo y avisado, también— que vivía acelerado, tratando de evadir las señales de tránsito. El mecanismo del taxi le murmuró: *Lo mío no es la ley.*

Y él entendió. Casi al mediodía ingresaron por la puerta de servicio de la mansión Robinson. Era algo así como una pequeña ciudad. Una casa blanca. Blanca con jardines y madre selvas y frutales y enredaderas y pinos, y patios para recreación de los niños y los amigos de escuela, y otros para los bailes portentosos, y una piscina en círculo donde los muchachos se reunían para

contarse las últimas novedades de Miami y Acapulco, o las aventuras de Aruba y Santo Domingo, o el clásico bonaerense dominical entre Boca y River, que asistían a ver al Monumental o a la Bombonera y, de retorno a Lima, llegaban a tiempo para reintegrarse a sus estudios en la Universidad del Pacífico o en la de Piura. Era la casa de los Robinson. Sí, los del emporio R & R, los que llamaban a los ministros para discutirles sus programas o desvirtuarles los balances o manipularles los índices. Ellos flotaban. Debajo de ellos, aunque muy por el sótano, se sazónaba un mundo de sirvientes emparentados por el fenómeno consanguíneo del tiempo bajo techo. Había choferes, vigilantes, lavanderas, cocineras, mucamas, jardineros con rutinas específicas y claras y con calendarios definidos. En los dos mundos existían fronteras delimitadas, de tal manera que seguían paralelos, como las rectas en el espacio que nunca llegan a converger; excepto en Navidad, Navidad, blanca Navidad, en donde somos los niños cantores que sopa le dieron al niño y no se la quiso tomar. Para ese día, la impune ceremonia de los panetones los acercaba demasiado, al extremo de que parecía la colisión interplanetaria; solo que, terminado el pavo y el reparto de obsequios, todo volvía a la normalidad y cada quien seguía en sus linderos, trabajando o viviendo, según fuera su posición bajo el concreto. Los señores Robinson eran unos dioses perfumados y blancos, y sus hijos dorados eran el vivo reflejo de ellos.

Su tío Clemente era el primer jardinero de la mansión. Tenía años de ejercer, tijeras en mano. Más que su vocación, era una terapia para olvidar el frío. Los señores Robinson habían pagado sus altos estudios de horticultura con mención especial en flores sin espinas. Eso le ganó una certidumbre de hombre de bien —como que lo era—, al punto de que no había un pétalo de rosa que él no conociera desde antes de polinizarse, ni un jardín erosionado por la ausencia de agua ni una orquídea sin peinar. Tenía los implementos completos de un floricultor de ligas mayores, sus podadoras numeradas, la calidad de sus abonos correctamente balanceada, el calendario para los fertilizantes adelantado para dentro de dos primaveras. Lo trajo hasta allí por un deber filial más que por una ambición particular, porque, en medio de todo, su visión era la de un ser común y corriente condenado a nacer, crecer, reproducirse, agarrar un vicio y morir. No se imaginaba que su genio daba para tanto. Diez generaciones antes, en Juli, un pueblo de la otra orilla del lago, un antepasado suyo que no sabía ni leer ni escribir había armado la primera imprenta llegada a esas tierras y estuvo a punto de ser exorcizado, acusado de lémur en su peor instancia por una sarta de frailes incrédulos. Otros creadores de la misma rama genealógica y emperejilados del mismo talento se perdieron en el transcurso de los siglos, porque o nadie descubrió sus virtudes o se esfumaron antes de dar rienda suelta a su imaginación.

Lo instaló clandestinamente dentro de su alojamiento en el sector de la servidumbre de la casa Robinson y le puso una litera de tablas, un colchón de esponja y dos frazadas con los tigres que se miraban fijamente entre ellos. Lo vistió con atavíos capitalinos para que no llamara la atención con su chullo de orejeras y sus lanas multicolores y sus ojotas paisanas. No sabía qué hacer con él. Dejarlo solo o a expensas de los otros empleados podría crearle problemas innecesarios, así que no se le ocurrió mejor idea que llevarlo a ver el trabajo en los jardines. Lo llevó para enseñarle ese oficio, quizás le sirviera en la vida, quizás se hiciera amigo de las flores. Por una hora lo vio sobre el carrito cortador de césped. No lo miraba a él, realmente, sino a la máquina, a sus fierros y a sus procedimientos mientras hacía cálculos con los ojos taciturnos. A media mañana se le acercó, caminando con la aparente parsimonia que parecía tener, pero que no tenía.

—Tío Clemente, está perdiendo su tiempo.

Le pidió el carro podador, si le podía conseguir la llave veintidós por veinte, la trece por dieciocho, el desarmador de estrella, el cable mellizo de corriente, el alicate de corte, la lámpara

de mesa, pilas alcalinas de cinco voltios y la radio vieja que no funcionaba. Después era cosa suya. Lo vio internarse en la charada del armatoste con un ahínco revolucionario, ajustando por aquí, instalando por el otro extremo, midiendo de un lado, sacando de atrás.

—Ahora sí, tío Clemente. Primero iré de izquierda a derecha y luego, cuando se le acabe el jardín, lo hará de arriba para abajo.

«Fue por curiosidad. Me dio un miedo terrible ese loco de mi sobrino», confesaría algún tiempo después el tío Clemente al suplemento dominical del diario *La República*. Lo encendió al presionar un botón y el cortador cobró vida y comenzó su trabajo sin conductor, depilando el césped, y al llegar al límite del perímetro del gramado giró sin otra orden y siguió podando, hasta que en el rincón final se apagó. El tío Clemente se restregó los ojos:

—Es para que te apures, tío.

—No le cuentes esto a nadie —le dijo Clemente.

No lo iba a hacer, porque su ensimismamiento era difícil de quebrar. A veces, Clemente era objeto de las burlas de los otros miembros de su mundo paralelo: «¿Tu sobrino el cholito es mudo, Clemen?» En especial se burlaban los choferes, que se creían muy astutos, muy de mundo. «Seguro te tiraste a tu sobrino y de trauma no habla, serrano desgraciado». De vez en cuando, el cóncave de lavanderas y cocineras: «¿Le das de comer?». Teófilo Bernabé los miraba, a lo lejos, marcando su distancia, transformado en una fiera timorata, un ser de otro espacio. A los Robinson y sus congéneres los observaba con otro tipo de curiosidad, buscando el significado de sus expresiones citadinas o de las constantes frases en inglés. Ellos ni lo miraban. Ni los hermanos, Estefanía, Diego, Juan, ni Gianina —la menor del clan—, ni los primos ni los amigos que pululaban por la casa. Permanecía confundido entre la servidumbre que iba, venía, servía y se perdía en el submundo habitual de donde nadie emergía ni por casualidad.

Vivían rápido, en autos último modelo y prolijos; entrando y saliendo por las puertas automáticas; proyectando viajes al otro lado del mundo, haciendo obras de caridad para las páginas de sociales; de juerga los sábados bajo el cúmulo de luces de neón de los locales nocturnos que agitaban la música, el éxtasis y la miscelánea; luciendo relojes no para ver el tiempo sino para constatar su poder, porque a mí no me para un policía, está delirando usted, ¿sabe quién es mi papá? ¿Cuánto gana, señor? Con eso le doy carne a mi mascota, un gran danés legítimo llamado Spencer, ganador de siete concursos de pedigrí. Voy a llamar al iPhone de mi papá y mañana estará afuera de su comisaría, de su trabajo o su no sé qué, igualado, qué se habrá creído. Déjeme conducir en paz y hágalo por su salud. Y si no es por usted, hágalo por su familia. ¿Tiene familia? ¿Tiene hijos? Agarre este billete de cincuenta y no diga una palabra, que a la Policía se la respeta y al conductor también. Vivían rápido, en yates estacionados sobre el vaivén del mar verde de fitoplancton, zooplancton y de las porquerías de una ciudad cuyos millones de habitantes lanzaban sus desperdicios a la playa para que los peces consumieran los restos de sus almuerzos. Tomaban whisky con hielo o Red Bull, se peinaban con la brisa del oeste, hablaban de Máncora, Punta Sal, las Bahamas, del huevas del presidente, de las piernas de su mujer. Los hombres. La moda Versage, Tímoli, Victoria Principal, Osquitar Ponce de León, la imbécil de su mujer y los árabes millonarios del club, los yates frente al malecón. Las mujeres. Temas importantísimos, de connotación nacional y sagrada.

Vivían y vivieron rápido hasta el último de los Halloween. En el patio que daba a la piscina, unas hermosas calabazas eran el mejor anuncio de la fiesta de disfraces. Un baile a todo dar, con los cachimbos de la universidad y las mejores alumnas del Villa María y del Matter, del Newton y de Rinconada. Teófilo Bernabé veía la fiesta desde su pequeña estancia y el transcurrir de las

parejas que se unían, desunían o deformaban en grupos de tres o de cuatro, sentía su olor garabateado, escudriñaba los atuendos de Simbad el Marino, del príncipe encantado, del Mago de Oz, de la Cenicienta, de las Chicas Superpoderosas, del Zorro, de los superhéroes de moda en ese momento, damitas de la luz, villanos y soberanos de cuentos de hadas, y el maravilloso disfraz de Hechizada que llevaba puesto Gianina Robinson el día en que se enteró que iba a morir. El baile comenzó muy animado, con música en inglés. Un clásico de Beyoncé invitó a las parejas a la palestra. Simultáneamente, Simbad el Marino le empezó a decir a Blancanieves que era mentira que tuviera algo que ver con Bombón, que era una calumnia o un chisme bajo de Frankenstein para poder estar con ella. Bart Simpson trataba de pescar algún idilio entre las villanas de una esquina, maldecía la falta de originalidad de su madre para escogerle un buen traje para la Noche de Brujas. Había cócteles, pisco, cerveza, belleza, riqueza, música. Había todo. La música, qué agradable, se esparcía por debajo de las luces sicológicas que tiritaban en un prende y apaga que entrecortaba los perfiles enamoradizos, quebradizos, hipnóticos. Hasta que el grito de espanto hizo sucumbir la casa, porque partió de la garganta de Hechizada, atarantó a Harold de Padua, el flamante galán hijo del embajador que le estaba proponiendo ser su enamorado en ese instante, atravesó los patios, la piscina, el comedor, y se quedó flotando en el alma de la fiesta. Desmayada, Gianina Robinson se volvió una vela amarilla. Teófilo Bernabé vio al ángel caído oculto tras la cortina del cuarto que compartía con su tío, porque la escena sucedió en una terraza. Vio a la gente arremolinarse sobre la figurita, al padre cargarla sobre sus brazos para las primeras atenciones, al joven llevarse la copa a los labios, murmurando, y pensar que la tenía tan cerca. De allí en adelante, la fiesta se volvió una reunión gris, a Hechizada la sacaron a la clínica de emergencia, al Conejo de la suerte le sentó mal el pisco sour y se cayó borrachísimo a la piscina, Drácula le mentó la madre y le dijo cabrón al elfo de *El Señor de los Anillos* y este casi le aplicó todo su poder con un recto a la mandíbula. Lo cierto es que nadie sospechaba que aquel era el comienzo de los últimos días de la adolescente Gianina Robinson en su vida sobre la Tierra y que, a la misma vez, era el comienzo de otra nueva historia: *la historia del Fantasmocopio*. Porque en el mundo, si uno averigua bien y ve el origen de la madeja siguiendo el hilo, las grandes revoluciones y los grandes cambios comienzan de esta manera, sin que uno se percate de las pequeñeces que terminan estallando sin mayor estruendo, hasta que es demasiado tarde para detener el alud.

* * *

El timbre de alarma crepitó en el estómago de Marité: eran la dos con treinta minutos y tenía que almorzar, porque así estaba programada. A las tres y media, si no se bañaba, automáticamente comenzaría a apestar, o al menos así lo sentía. Sin embargo, la orden del patriarca Genaro era bastante específica: ni se muevan. Quédense con sus huesos a invernar si es posible. Si lo contradecían, no solo perderían la oportunidad de mantener la primicia, sino que regresar, con la cantidad de gente que estaba a las afueras tratando de obtener un beneficio, resultaría imposible. El presidente se fue por donde vino, pero casi de inmediato le cayó una acusación de su ahora opositor y anteriormente incondicional Fernando de Oliva, quien manifestó que todo se trataba de una cortina de humo bien montada para restarles importancia a las protestas de los gremios, comités coyunturales, organizaciones de derechos de la mujer, del niño, del adulto mayor, de los despedidos sin gratificación, de los inválidos, de los animales callejeros, de la fauna y la flora

maltratada por la polución de las mineras sin corazón, vaso de leche, farmacias populares, comedores gratuitos, trabajadores judiciales, maestros y aquellos que tuvieran una buena razón para salir a las avenidas y bloquearlas, pelearse con la Policía y quemar llantas en desuso.

Marité volvió a reparar en la pantalla del sistema, contempló la imagen de su prima, calva y desnuda, flotando detrás del cristal. Nuevamente se la comió a preguntas: que cómo se sentía allá; que cómo era ese lugar; que si comía, bebía o dormía; que quiénes eran los que la rodeaban. Gianina Robinson le respondía a ratos y por ratos callaba. Ni ella sabía de qué manera funcionaba la cosa, todo era fruto de la genialidad sin límites de su hacedor. «El que hacía volar las muñecas, ¿no es cierto?». «El mismo, primita». A las tres de la tarde, Teófilo hizo una seña y Cristo Moreno ordenó a los periodistas que abandonaran la habitación por unos momentos:

—Va a calibrarlo —les dijo.

Por ahora, Teófilo Bernabé todavía era para ella un hombre de cobre puro, aunque, conforme desentrañaba los secretos del Fantasmocopio, más allá del color de su piel, debajo del pellejo que lo revestía por fuera, de la ilusoria máscara epitelial que cubría sus estructuras recónditas, comenzaba a percatarse de que existía un ser fabricado con algo parecido al concreto armado, lleno de criterios científicos que no eran ciencia, sino su propia naturaleza y la forma de su sentido común, y cuyo amor fidedigno era una religión poderosísima y sin altares.

En algún otro lado de la ciudad, distintos personajes barajados en círculos ajenos tramaban planes, políticas, estrategias, actitudes y comunicados oficiales. Teófilo Bernabé y don Cristo Moreno no lo sabían, pero la calle al paso de las horas se estaba convirtiendo en un loquerío mayúsculo. No había alguien que no estuviera pendiente de los noticieros. Cada hora, Marité y su equipo transmitían lo que podían averiguar de su boca. Lo primero que supieron es que los muertos —que ahora ya no se llaman así, sino «personas humanas del siguiente nivel»— vivían en tiempo real y perseguían todas las actividades diarias que se llevaban a cabo en la Tierra. Según determinarían las estadísticas, la mayoría se dedicaba a ver el desarrollo de las que fueron sus familias. Sabían quiénes eran sus hijos, sus nietos, bisnietos, tataranietos, hasta la enésima generación, y qué es lo que hacían, y sentían el mismo orgullo o decepción que en vida, y muchos se culpaban de las desgracias de los suyos. O sea, que ni el cielo, ni el purgatorio, ni el infierno existían, sino su pura conciencia. Otra cosa que confirmaron casi de buenas a primeras fue la existencia de Dios. Quizás sea hasta este momento la única prueba de que Dios existe más allá de los manuales catequistas de fe que antiguamente usaban lo que eran las iglesias. Don Cristo Moreno inquirió muchas veces por esto a Gianina Robinson, mientras formulaban el *Manual del sistema* (al cual el populacho bautizó como el *Manual del Fantasmocopio*): ¿De qué dios se trataba? ¿Sería el Dios de los católicos, el de los protestantes, el de los mahometanos, de los islámicos, de los judíos? ¿El Dios barbudo de los retratos, el Dios rechoncho de los budistas, el Dios ensangrentado de la cruz, el Dios castigador con que el sacerdote de la parroquia vecina nos metía miedo para no resbalar en el pecado, el Dios bueno al que rezamos por un milagro o por sacarnos la lotería, el Dios de los mormones, de los evangelistas, de los predicadores?

—Es el mismo para todos.

—Caramba. O sea que es un Dios como dicen «estándar» —se rio Cristo Moreno.

Ese fue tema de varios días y varias noches, y allí se estancó el famoso *Manual del Fantasmocopio*. Es que Cristo Moreno no era imparcial. Suponía que el cristianismo, de la manera en que lo conocía o en la forma en que se lo hicieron conocer, era la religión indicada; pero Gianina Robinson le explicaba desde la pantalla que no era una cuestión religiosa o de culto, sino una situación de practicidad.

—No sabes cuánto se ha reído Dios de tanto que nos hemos matado por él —le dijo.

El *Manual del Fantasmocopio* terminó por convertirse en un *best seller*, fue traducido a todos los idiomas y dialectos que se podían conocer, desde el chino hasta el hebreo, del alemán al griego. En esos tiempos, ni lo imaginaban. Casualmente, sobre el idioma, Gianina les relató: «Resulta que aquí todos hablamos la “lengua”. Babel muere con nuestro cuerpo. Es como si todos habláramos el español, así hayamos sido ingleses o italianos o serbios o esquimales. También entendemos lo que hablan en la Tierra. No hay un aparato, un aprendizaje en especial, sino que llegas así, descubres dónde estás, te resignas o no, y tienes un idioma universal».

Desde que apareció la imagen de Gianina Robinson en la pantalla, Cristo Moreno iba anotando lo que ella y otros seres que aparecían les revelaban. Primero tomaba notas a mano, pero después de un mes intenso de reciclajes, Teófilo pudo construir una máquina de escribir con todas sus letras. El *Manual* no describía su funcionamiento, sino que mostraba la forma del nuevo nivel de vida. De allí se fueron derivando, aparte de las traducciones, una innumerable serie de interpretaciones que combatían a la sociología o a la antropología, y se crearon teorías que se deslizaron sobre fórmulas, axiomas o teoremas, y el *Manual* se convirtió en un equivalente a la Biblia, «aunque guardando las distancias», aclaraba Cristo Moreno cada vez que tenía la oportunidad de hacerlo.

No pasaron muchas horas hasta que sucedió otro hecho histórico, que fue el primero de los muchos que se irían sucediendo conforme pasaban los días. Una mujer consiguió, a punta de lágrimas y fuerzas, abrirse paso entre la gente. Había golpeado la pared contigua hasta descascararse la piel de las manos y, así, ensangrentada, se las había ingeniado para romper el cordón de policías que resguardaba las afueras, por orden del Ministerio Público. Lo único que pedía era entrevistarse con su madre muerta para que resolviera el asunto de un testamento. Su hermano había aprovechado los artificios de unos leguleyos para arrebatárle la posesión de la vivienda familiar; estaba en la ruina. Cuando Teófilo Bernabé volvió a abrir la habitación y le expusieron el caso, asintió. Accedía por instinto, o porque veía que podía ser útil. Después de una hora, la madre apareció. Se llamaba Hipólita Gastón. En la confusión de su deceso accidental, no había tenido tiempo para establecer bien la declaratoria de deudos, de tal manera que de esa trifulca salieron varios heridos del corazón. La hija, al ver a la madre calva y desnuda, con el rostro exacto, tal como la conoció y la recordaba, soltó un llanto desolado por lo mucho que la había echado de menos y por las vicisitudes que le habían sucedido desde su ausencia.

Ese fue el primer caso registrado que se resolvió con el Fantasmocopio. Al poco tiempo, el propio Teófilo estableció, por recomendación de Marité, turnos para que la gente pudiera ver a sus familiares. Fue la cola más grande del mundo, según registró el celeberrimo libro Guinness de los récords. Comenzaba en el sector donde las casas se confunden con el cerro y donde el cerro se niega a perder su identidad de arena, seguía por la estructura fallida del tren eléctrico, cruzaba por el puente de la Panamericana Sur, bordeaba los terrenos de la Escuela de Policía y seguía de largo hasta Chorrillos. En Chorrillos doblaba hasta alcanzar el Club Regatas Lima y de allí bajaba por todo el circuito de playas, cruzaba Barranco, Miraflores, San Isidro y San Miguel y seguía bordeando la avenida La Paz, hasta introducirse en el Callao, pasar por La Perla, girar en La Punta para no mojarse en el mar y seguir sin interrupciones hasta la altura de Ventanilla, donde muere la ciudad en un antiquísimo balneario consumido por el invierno.

La fila en sí misma no era el problema, sino que creaba serias congestiones de tránsito vehicular. Además, una caravana de vendedores ambulantes se instaló en los alrededores, con sus carretillas improvisadas, para ofrecer comida al paso, golosinas, cartones para pasar la noche en

el suelo mientras avanzaba la muchedumbre en su afán de comunicarse con los del otro lado. Cada uno tenía un motivo distinto, si no legal, de amor, de rencor o de ausencia pelada, siempre estrictamente necesario; mientras tanto, la noticia seguía dando la vuelta al mundo y el mundo se iba desviando al fondo a la derecha. Conforme avanzaba en el tiempo, la crisis se iba haciendo compleja: la misma cola, con sus ribetes coloridos, albergó otro mundo alrededor de sí misma; un muro humano compacto, convexo, complejo e inaudito. Las gentes iban avanzando con la paciencia en que transcurrían a través de las cuadras y avenidas, a la espera de su turno para hablar con los suyos, que se habían perdido detrás de las lápidas de los cementerios; haciéndose preguntas, tal como las hacían Marité y el grupo de asistentes que estaban encerrados dentro de la casa, lanzando a las cadenas multinacionales la noticia de que la vida ya no era la vida tal cual antes la habíamos conocido. No había ser de este planeta que no se preguntara de dónde había salido ese hombre —Teófilo Bernabé— y qué cosa rara le había pasado o tenía en la cabeza para inventarse semejante aparato.

* * *

El único motivo que llevó a Teófilo Bernabé a construir el Fantasmocopio fue el amor. Un amor que, si en vida sonaba a una trama tirada de los pelos, entonces en la muerte era una utopía total. Porque ese amor que llegó a sentir, a rebalsarle la sangre, a caminar sobre sus entrañas, fue el impulso vital que lo llevó a construir el portento que nos cambiaría la vida desde entonces hasta ahora en que no hay algo que no sepamos. A los quince años, Gianina Robinson supo que se iba a morir porque la sangre se le hacía agua. Aquel primer desmayo en la fiesta de Halloween cuando estaba disfrazada de Hechizada fue el inicio del final de sus días sobre la Tierra. Su alegría contumaz, que tin marín de don pingüe y en la casa de pinocho todos cuentan hasta ocho, y el espíritu radiante que la hacía ver niña sembraron los peores descuidos de quienes se confiaron en que no existía un ser más lúcido, angelical y perfecto sobre el planeta. La sangre se le hizo agua. Pero lo asumió de una manera tan digna, con tanta madurez para su edad, que programó sus últimos días con precisión.

Sobre todo porque en algún momento, ella no sabía cuándo ni cómo, cayó en la razón de que no todos en el mundo eran iguales. O sea, no todos iban Disneylandia en vacaciones, no todos estudiaban en el Newton, no todos comían a sus horas, no todos tenían casa con piscina, no todos iban al golf, no todos recibían regalos de Navidad y no todos tenían tarjetas de crédito con puntos de oro y plata. En sus recorridos al aeropuerto para las vacaciones en el extranjero, alguna vez pensó en los promontorios coloridos que se erigían sobre la ciudad. Los cerros con casas que se encaramaban en las peñas, buscando resquicios, pareciéndose a la mala hierba. ¿Cómo sería la gente allí? ¿Cómo podría subir? ¿Tendría un ascensor, o un teleférico? ¿No les dolería las piernas? ¿Les llegaría agua potable, señal de cable, luz eléctrica? ¿Qué era aquello que crecía fuera de sus fronteras, de eso de lo que hablaban las noticias y los periódicos? ¿Qué otras realidades podrían existir en forma paralela o divergente a la suya? ¿Quiénes eran los que se bañaban al otro lado del muelle del Regatas Lima? ¿Quiénes eran los que saltaban a limpiarles los parabrisas en las esquinas o a pedirle limosnas al chofer, o hacían torsiones o malabarismos por veinte céntimos, o tragaban chorros de fuego u ofrecían caramelos en los altos rojos del semáforo? ¿Quiénes eran los que andaban a pie por la calle, los que no tenían automóvil, los que se achicharraban en los buses de servicio público en el verano y se entumecían en el invierno?

Ella misma, también, sin que alguien le dijera, trazó su plan para conocerlo todo, particularmente lo que tenía impedido, porque sentía que la vida se le escapaba en el cúmulo de medicinas, en las citas al Hospital de Neoplásicas, en el murmullo generalizado de que se va pero no le digan, en los síntomas cada día más reveladores del avance de su mal. No podía marcharse del mundo sin saberlo. Sin saber quiénes eran ellos, los otros, los del otro lado. Les pidió a sus padres salir todos los días de tres a cinco, excepto los días de terapia en que la doctora Ryan siempre le decía que mejoraba con una voz revestida de pena. Designaron a Pepe, el chofer. Pepe la debía llevar en su recorrido establecido por La Molina, Monterrico, San Borja, San Isidro y Miraflores hasta ver los acantilados de la playa y retornarla por el mismo lugar. Trataban de hacerla feliz. Ella aprovechó su propia coyuntura para resolver sus inquietudes.

El primer día de paseo cumplieron cabalmente con la ruta. Salieron de la casa por la avenida El Corregidor y no pararon hasta el malecón de los enamorados, donde vio a las novias tomarse fotos frente a la estatua de los amantes. Los dos amantes entrelazándose en una posición difícil y sin embargo legal para menores de edad. A partir del segundo día, ella le ordenó: «A la derecha». Pepe protestó: «Señorita, primero, este carro es tan galante que tendremos una nube de pirañas encima dispuestos a robarse lo que puedan. Segundo, la pueden raptar porque sus padres son muy importantes en este país de pocas personas con importancia». Y así le enumeró, en orden de gravedad, los peligros: y me pueden despedir, tengo mujer, tres hijos, ¿dónde voy a ir? «A la derecha, Pepe, que cuando me muera te voy a jalar los pies si es que no me llevas». «No hable así, niña Gianina». «Entonces llévame». Y Pepe giró a la derecha, no una sino todas las veces que se lo pidió, por la ciudad gris y opaca, por la ciudad en ruinas, por la ciudad cáustica que trataba de emerger de un océano de ácido clorhídrico. Y así la llevó a conocer el cerro El Pino, los Barrios Altos, el barrio de El Porvenir, Mendocita, el Callao, San Pablo, El Agustino; pero cuando llegaban a la casa decían que se habían estacionado en El Polo, en Conquistadores, por el Golf de San Isidro y, en el peor de los casos, habían estado en el parque Kennedy, viendo a los viejitos bailar al ritmo de La Sonora Matancera o mirando las artesanías de mentira y de verdad. Observaba a los pobres que se disputaban los panes con los perros, a los niños que jugaban el campeonato mundial de fútbol en las pistas desnudas con sus balones sin aire, a los comerciantes que gritaban a viva voz sus remates de ocasión, a los carteristas en sus locas y temerarias carreras a través del tráfico. Para contar en la casa, habían ido a los multicines El Pacífico, a la pista de patinaje sobre hielo de Julinho, al Terrazas a ver jugar el tenis, al Jockey Plaza a recorrer las tiendas.

Le hacía tan bien observar aquel mundo inaudito que fueron, en realidad, las mejores horas de su vida hasta los quince. Un día, una niña canillita jugaba con una muñeca rota. Ella hizo parar el automóvil. Observó a la niña, quien la saludó:

—Hola, gringa. ¿Se te perdió algo?

—No. Veo cómo juegas con tu muñeca.

—Mi muñeca rota.

—¿No quieres una nueva?

—No. Porque esta me la regaló mi madrecita que está mirándome desde el cielo.

—¿La puedo hacer arreglar? Te la traigo mañana.

—¿Y si no me la traes?

Por algún impulso, luego la niña confió. Le dijo que la esperaría en ese lugar, todos los días, hasta que pudiera repararla. La tomó entre sus manos: era una muñeca sucia y rota y le faltaba uno de los dos ojos de canicas, y la ropa era un trajecito vetusto, manchado con leche. «¿Y ahora,

Pepe? ¿Dónde pueden remendar esta muñeca?». Pepe ni lo pensó. Hacía unos años, cuando lo entrevistaron en un diario local, relató que ni por aquí se le ocurrió que tantas cosas iban a pasar después que dijera lo que dijo:

—¿Se acuerda de Clemente, el jardinero? Tiene un sobrino en la casa que lo arregla todo. Se llama Teófilo Bernabé.

El silencioso sobrino de Clemente vivía de tal modo, tan enzarzado en el mundillo en que estaba escondido, que había pasado inadvertido para la cúpula de los Robinson. Ellos no se percataron de que un nuevo orden estaba establecido dentro de su casa. En ese complejo mundo de ajetreos y compromisos, creían que lo perfecto era cuestión de dinero y no de genialidad. Por eso, Gianina, al verlo, sinceramente no lo recordaba. Recordaba a su nana Rebeca, a Pepe el chófer, a los jardineros, a los guachimanes, a los lavanderos, a las cocineras con su prole; pero a ese, precisamente a ese, no.

Lo vio directamente a los ojos desolados. Lo miró tan profundamente que él, de inmediato, le contagió el frío de nacimiento que se había traído desde el altiplano. Le preguntó si podía arreglar la muñeca que era de una niña pobre que no tenía para comer y él asintió. ¿Cuánto podría demorar? No demasiado. Teófilo cogió la muñeca y pidió que lo esperaran y se encerró en el cuarto a rebuscar entre los armatostes y los alambiques, mientras le hablaba al juguete inerte y le preguntaba qué era de su vida y cuál era su mayor deseo. Cuando lo descubrió, hizo los ajustes necesarios, le agregó unas hélices que encontró en un basural y que fueron el orgullo de un pequeño ventilador de escritorio pasado de moda.

—Aquí está —le dijo.

Ella tomó la muñeca y, al tratar de sujetarla para ver los arreglos, la muñeca se le escapó de las manos, como si el juguete, de pronto, hubiera cobrado vida. Y comenzó a tomar altura y se fue elevando gradualmente, primero hasta tropezar con los pájaros que merodeaban por el cielo y luego tomando la dirección del horizonte, hasta que se perdió detrás de la colina más próxima. Gianina Robinson se quedó con el corazón en la boca. Teófilo, con la tristeza que espantaba, a punto de llorar de vergüenza, le dijo:

—Disculpe, señorita. Me olvidé de decirle que la agarre fuerte, muy fuerte, porque puede llegar hasta la luna.

* * *

La enorme cola seguía avanzando, y avanzaba con un extraño ritual de orden, porque el tiempo comenzaba a cobrar otra dimensión, nueva y desconocida, amplia y visceral. A las tres de la tarde del quinto día después de la revelación de don Cristo Moreno, un extraño hombre de calvicie pálida que venía mezclado en el vaivén de los que esperaban por noticias de los suyos, detonó un fulminante que llevaba entre las ropas y, con este, una carga de dinamita que lo hizo estallar y lo hirió de muerte. Fue el primero de los once atentados fallidos dirigidos a Teófilo Bernabé o al Fantamoscopio por distintas razones, dogmas conceptuales o creencias insuperables. Se trataba de un antiguo aspirante a clérigo defenestrado por sus propias pasiones del fuero de la Iglesia, cuyo nombre parecía perdido en los anales de alguna parroquia, y que tras ese día pasaría a ser un símbolo aparte en el nuevo cúmulo de credos que se atiborraban, por supuesto, al fondo del mundo a la derecha.

Se llamaba Nicolás de Caterva y, desde que la noticia saltó de su lugar, se preparó para

revindicar los dogmas contenidos en miles de años de muerte, de ascensión a los cielos, de infierno y purgatorio. Calculó mal sus razones porque, a la hora de su decisión, el objetivo estaba demasiado lejos para alcanzarlo. Aun así, decidió acabar de un solo tajo con la posible desaparición de las creencias regulares, y preparó una carga de dinamita para pulverizar el Fantasmocopio y los colaterales que estaba produciendo desde su conocimiento público.

El tiro le salió por la culata. Solamente le sirvió para alimentar las comidillas de la prensa y el medio ambiente. Los cordones de seguridad aumentaron alrededor de la casa que albergaba a Teófilo y su prodigio, pero nadie pudo deshacer la fila gigantesca. El tema fue azuzado —hasta ese momento, con el alud de noticias, nadie lo había pensado bien— gracias a la acción de Nicolás de Caterva: ¿o sea que no hay ni cielo ni infierno? ¿En dónde queda la cruz? ¿Y el Buda, el islam, el karma, los metodistas, los protestantes? Fue el hilo que condujo a una madeja sin fin, se formularon todas las hipótesis que se podían conjeturar. Una vez reducida la muerte, descubierta la identidad, ¿dónde quedaban las esperanzas? Gianina Robinson había sido demasiado específica: *Dios existe más que nunca*, solo que los seres humanos comenzaron a desentrañar de qué dios se trataba, porque los seres humanos son así, de buscarle cinco pies al gato. Lo del nombre de Dios, sin embargo, es de otro fuero.

Lo que ocurrió y no debió ocurrir, porque no estaba calculado, acaeció cuando Patricia Laos leyó en el *Manual del Fantamoscopio* que al otro lado todas las personas eran de color gris y que ellas veían a los terrestres de color amarillo. Pocos días después, apareció por una bodega de chinos con un billete de papel dibujado por ella.

—Esto no tiene valor —le dijo el empleado.

—Qué, ¿no sabe que al otro lado solamente existe el gris y el amarillo?

El chino dueño de la tienda auscultó el dibujo de la primavera hecho a ténpera y calculó de corazón: veinte panes, una leche de tarro, un paquete de mantequilla y un sobre de café instantáneo. El «Billete del cambio» está guardado actualmente en una urna del Museo Contemporáneo. Significó que, a partir de ese día, el mundo se vistió de color y mandó al mismísimo tacho todo el sistema financiero. Fue el paraíso de los artistas, de los dibujantes al paso y hasta de los pintores de brocha gorda. El color valía. Mientras mayores eran las tonalidades o mejores las mezclas o más originales las combinaciones, más espuma se tenía entre las manos. Estaba escrito en el *Manual del Fantasmocopio*. Los del otro lado se veían a sí mismos de cuerpos grises, con la forma humana que habían traído desde el mundo y sin importar cuál era la raza y el grupo antropológico o la altura o las dimensiones o el cabello. El color al otro lado era un bien ausente, por tanto, adquirió la índole de acciones con alta cotización en la Bolsa de Valores.

Hubo cambios para bien y para mal. La guerra dejó de ser la guerra, pues las armas ya no podían servir para matar, entonces el juego de la maldad cambió las armas letales por otras peores: las que capturaban. Alguien en un lejano país volvió sus ojos a las telas de arañas y las balas se extinguieron y se cambiaron por redes, pegajosas todas ellas, que causaban escozor y dolor, que se lanzaban desde miles de metros, siguiendo el calor de los seres humanos; y la guerra siguió siendo, al fin y al cabo, el deporte apocalíptico de siempre. El índice de suicidios subió descontroladamente, tanto que las autoridades del Congreso tuvieron que tomar las medidas más atroces (¿qué medida no es atroz?) para frenar la ola de los que se lanzaban del puente o se ponían en la línea del tren o engullían frascos de pastillas, o para desactivar clandestinas agencias de eutanasia con cartelitos menesterosos que anunciaban el pase a mejor vida, sin dolor ni remordimientos digitales.

Marité llevaba una semana dentro de la casa transmitiendo en vivo. Observó que Teófilo era un tipo pragmático que había dicho todo lo que tenía que decir, y lo que no estaba dicho simplemente estaba escrito. De rato en rato, veía con cuánto cariño se dirigía a la prima Gianina, la prima muerta. Por fin, don Genaro accedió a que la reportera y su equipo de técnicos salieran. El orbe había puesto también sus ojos en ellos. Así que de periodistas pasaron a ser entrevistados y salió la primicia de la primicia. Eso mientras la gran fila seguía avanzando en un orden fuera de los cánones, porque resultaba que el tiempo —antiguo enemigo de la sociedad— ahora sobraba.

Ella en particular regresó a su casa con un vacío en el intestino que no era producto del hambre, sino del tipo en el que se siente espacio en el alma. Era un espacio amplio, donde sobraban el corazón y los pulmones, un espacio donde los huesos resquebrajados se convertían en hilos de seda que perdían forma y, por lo mismo, dejaban huecos. ¿Un vacío carnal? No. No podía serlo, porque todo estaba en su lugar. No era hambre. Y sintió el vacío integérrimo que la estaba apretujando y agrietando a la vez, y lo descubrió porque fue el vacío que de niña le cayó inflexiblemente en el tórax cuando sintió que algo aniquilaba su infancia. ¿Y qué puede aniquilar la infancia de una niña de un solo tirón?

Su madre la despertó del ensueño con una sonrisa de no haberla visto en años. Esa semana había envejecido. ¿Por qué? ¿Por el vacío cercenador que le estaba recorriendo la tráquea, el esófago, el estómago, la franja angosta del intestino? El reloj, traicionado, no era el mismo objeto arrinconado en la pared que ejercía la virtud de ser un artilugio de los demonios. ¡Claro! Eso debía ser, María Estela, el reloj en su agonía, los segundos diluidos en el cristal como lágrimas, los brazos tembleques que no se atrevían a marcar lo que venía. Sí, el mundo había cambiado. Pero lo que se venía no estaba en sus planes. Por eso el reloj estaba allí, muriendo de ironía, de celos, sin una sola argucia para continuar siendo tu amante. Sí, Marité. Tú, toda tú.

* * *

De allí en adelante, Gianina volvió a cambiar la rutina, haciendo como quien veía y auscultaba los jardines de la mansión Robinson, dando a entender que en las plantas y en el verdor había redescubierto una forma de ganarle el pleito a la muerte que se le venía en vómitos, en ascos, en remedios y quimioterapia. No eran las plantas, sino él, Teófilo, el genio de la lámpara, el genio de los muñecos voladores, de las máquinas que hablaban, de las máquinas que entendían sus palabras, sus gestos, sus acciones. Lo observaba, desentrañándole los circuitos. Pasaban horas. Él, dilucidando con los cortaúñas los relojes de manecillas y los de cuarzo, los antiguos juguetes de los Robinson que se morían de pena por ser pasados a un lado a toser con el polvo de los desvanes. Ella, tratando de descifrar su extraño idioma para entenderse con las cosas y desentenderse de la realidad, para tener respuestas a las preguntas, unas respuestas tan pueriles y tan de loco que, en serio, eran para volverse loco: «El puente se queja de que le duele la espalda y de que lo mean en los alambres. Las campanas suenan fuerte porque todas se creen machos que deben ser escuchados».

Le creó, entre otras cosas, un universo con las muñecas. Las que hablaban coordinadamente y sentían frío o calor, las que levitaban, las que practicaban box, las que hacían vida social con el oso panda de peluche y le invitaban a comer espuma de afeitar. Las que se creían madres de los robots a pilas, las que hacían bulla para llamar la atención del muñeco héroe de cine alérgico a la kryptonita. Había convertido el cuarto de su tío Clemente en un cubículo de ciencia ficción: los

juguetes tenían vida propia, al apretar el botón del receptor de radio se encendían las luces, el televisor tocaba el himno nacional, los muñecos decían *Buenos días, niña Gianina. Tus ojos color del cielo, el cielo color de tu alma*, en español, en inglés, en aymara y en chino mandarín.

A pesar de que su hija moría, los Robinson seguían manteniendo ese ritmo de vida endemoniado por las cuentas, las transacciones financieras, el precio del crudo y el índice de la Bolsa. La exposición a la quimioterapia era un padecimiento doloroso, la recuperación luego de cada sesión era atroz. Por días dejaba de asistir al cuarto donde Teófilo le preparaba una nueva sorpresa: un interruptor mágico que activaba las puertas, las ventanas y tocaba el éxito musical del momento. La enfermedad la consumía como si fuera un bicho sátrapa que la devoraba sin reparos. Se la comía por la garganta, por la barriguita blanca. Lentamente, el cuerpo de ninfa se transformaba en un peso traidor, enclenque ante la naturaleza asesina de sus bichos.

El ritmo de vida que deshumanizó a los Robinson ya no los dejaba regresar atrás, porque el Directorio del emporio no funcionaba sin ellos, podían irse a pique. De ese modo, el mundo se les iba y se les venía entre la crisis económica y la crisis de Gianina. Ella se les desaparecía en el mundo de Teófilo. Hacia allí llevó, un buen día, a su primita un poco menor que ella; le dijo «No le cuentes a nadie que te voy a llevar a Disney World». La condujo de la mano por los parajes de la casa tomados por la servidumbre, hacia el límite donde colindaban la sala, la piscina y la lavandería, por donde transcurría el silencioso secreto del sobrino de Clemente Limachi, por donde se tejía un orbe a partir de donde se destejía el otro.

Era solo una niña intrusa en el planeta fabricado por un niño que se dejaba arrastrar por un perfume que no era el perfume de su país altiplánico original que olía a frío, granizo, rayos, truenos, helada. Que no era el perfume atávico y desolador de la ciudad. Ni era el perfume de los humanos buenos y los humanos malos que se mezclaba con el humo de los carros. Era el aroma de ella. Que le salía de los poros, directo del alma. Y ese amor tirado de los pelos en la vida, utópico en las cavernas no descubiertas de la muerte, se fue forjando a base de un principio básico: «el amor nace de la admiración». Ese principio matemático estaba alojado en él, cuando Gianina Robinson llevó a su primita a la habitación donde lo que no volaba, caminaba, y lo que no caminaba, entonces hablaba.

La primita, obviamente, no entendía ni jota de lo que Teófilo hablaba con Gianina. En eso de comprenderse ya le llevaban años luz de ventaja. El mundo de las muñecas era tan complejo a esas alturas que hubo un lío terrible entre Ken y la Barbie Rockera, porque ella se enamoró perdidamente del trencito a pilas. El Ken de la Barbie argüía que el tren no estaba en capacidad de amarla con todo el cariño que podía contener en sus baterías alcalinas, que la Barbie era tan estúpida que había sido engañada por el tren, pues este la había convencido de que podía llevarla lejos, cuando en realidad solamente paseaba en círculos, el muy vivo, el muy rata del trencito.

Un día todo cambió. Un día en que las arcadas paralizaron la casa. Ese día, Teófilo estaba cerca al desván, tratando de arrancarle una confesión al motor descompuesto de un antiguo auto deportivo agotado en la famosa carrera de las Seis Horas, cuando las sirenas de la ambulancia aparecieron, haciendo su escándalo acostumbrado. Decían: *Venimos por un enfermo, un accidentado o un muerto, abran paso semáforos y carcochas, que yo soy la ambulancia, dueña de las emergencias y patrona de los duelos*.

La vio de lejos, acostada sobre una camilla y acompañada por su madre, el médico de cabecera de los Robinson y dos enfermeras. Se le perdió en el otoño. La trasladaron con cuidado, porque el dolor le maltrataba hasta el cuero cabelludo. Sus gritos débiles no se escuchaban en medio de la consternación de los Robinson y sus satélites, de los amigos y las amigas del colegio

Newton y el Regatas Lima, de los vecinos de la mansión blanca que hervía por el luto, del enjambre de empleados que se daba cuenta de que los mortales éramos iguales ante Dios, ante la ley y ante el cáncer. Y lo que no sabían todos ellos es que en ese momento, cuando el estertor del cuerpo humano fija la mente en una sola luz, en un leve pensamiento que trata de sobreponerse al dolor y a la angustia, ella pensaba solamente en él, como nadie en este mundo.

Era recíproco. Cuando observó el sínodo de voces de emergencia que gritaba y agitaba las alfombras de la casa, supo que un cataclismo estaba por suceder. Nadie percibió cuando Teófilo se acercó a la ambulancia y preguntó a los instrumentos de paramédicos si tenía esperanza. Los instrumentos, con tamaña experiencia vertida en su diario quehacer con océanos de sangre, le dijeron que de repente, por un milagro, pero que más bien tenía en el rostro la tintura de las que no regresan. Los días siguientes, el revoloteo continuó incomprensible para él. En los predios de los Robinson, la mamá se cansó de luchar, cayó en un síncope depresivo del que no pudieron rescatarla, y el padre se lanzó en una pelea contra los médicos, aunque sabía que era un recurso nulo para disfrazar su impotencia. Cada quien veía a su modo que la vida de Gianina se iba sin poder detener el proceso irreversible de la leucemia. Y ella, la hoja del ciprés que se desprende del árbol para llegar al suelo y ser barrida por el viento, dejó de respirar. Su cuerpo no resistió.

Si hubo alguien más ignorado para el acontecimiento de la despedida de Gianina Robinson, ese fue Teófilo Bernabé. Ni siquiera su tío Clemente lo recordó, porque a él —jardinero oficial de la familia y con menciones honrosas en rosas sin espinas— la pena también lo embargó. Siguió con su rutina habitual de velar por el bienestar de los jardines, mas pronto cayó en la cuenta de que su aura para las flores estaba herida y que los pétalos se contagiaban y decaían al contacto con sus dedos. Había visto crecer a la niña Gianina en los contornos de la mansión, creía a ciegas que no podía haber una criatura más hermosa en mil kilómetros a la redonda, pero sobre todo apreciaba su buen juicio y su ternura innata. Por eso, cuando la veía merodeando la habitación que compartía con Teófilo, dejaba que las cosas sucedieran, a ver si remontaba la enfermedad; y no se oponía a los disparates de genialidad de su sobrino, ni cuando un furibundo Batman de plástico le mentó la madre porque le pisó de casualidad el batipié y pateó su batimóvil.

Papá Robinson hizo memoria varios años después, cuando el Fantasmocopio era una realidad inobjetable, de quién era el muchachito que apareció por el velatorio con una chompa celeste y un pantaloncito marrón precariamente roído. No era la primera vez que lo veían, pero sí fue la primera que le tomaron atención: atravesó el conglomerado de personajes de terno que asistieron al último adiós y, en el más absoluto silencio, se plantó a un lado del ataúd y comenzó a susurrarle una cancioncita al cadáver, inmóvil debajo del vidrio, una musiquita que no tuvo ocasión de cantarle en los álgidos momentos en que se iba perdiendo consumida por la carrera imparable y veloz de la enfermedad, y decía que *Muy pronto volveremos a vernos, luna joven de mi amor, porque yo perseguiré tu sombra hasta el otro lado de la Tierra*. Y se prometió firmemente volverla a ver, con la sólida determinación de aquellos que deciden embarcarse en el transporte de los sueños sin futuro, tanto que olvidó la humillación de los primos.

Se despidió de Gianina y salió sin rumbo por las calles. Ni siquiera caía el sol tibio que a veces acompaña los abriles, parecía que el cielo estaba acongojado de la pena. Ya estaba a tres cuadras del velatorio cuando sintió el golpe en la espalda y cayó de bruces al suelo:

—¿Quién chucha crees que eres, serrano de mierda?

Vio a los cuatros muchachos y, antes que los pudiera reconocer, ya le habían encajado dos golpes más: «¿Qué le has estado cantando a mi prima, cochino?», le preguntaban. Teófilo no los entendía. Apenas podía verlos. Distinguió a Harold de Padua, el joven de la fiesta de Halloween,

mientras le propinaba un puñetazo en el pecho que no sintió. Más bien, a él le dolió el puño. Seguían diciéndole *Cholo, cholo, que te habrás creído* y, a decir verdad, seguía sin entender sus malos tratos y sus patadas, porque tampoco sabía qué cosa era *cholo, serrano* o *indio*, y menos cuando se quejaban de que era demasiado duro. Por el tono y la expresión de sus ceños, podía percibir que era una ofensa. Un vigilante particular de la zona se percató de la riña y corrió a separarlos, antes de que rayaran los automóviles estacionados en los parqueos.

Teófilo estaba intacto, aunque por primera vez sentía lo que era la cólera burbujeándole la sangre. No estaba hecho para eso. Sus contendores, que se autodenominaban *primos* a cada golpe, estaban rojísimos y jadeando. Ellos sí tenían la rabia hasta en la boca, porque se asfixiaban de lo cansadísimo y dolorido que era tratar de pegarle al porfiado. Se marcharon refunfuñando, tenían que asistir al entierro en La Planicie. Teófilo no iba a ir, ya le había dicho a Gianina lo que tenía que decirle. Retornó a la mansión para alistar sus cosas, marcharse y comenzar con la inmensa tarea de reencontrarse con el amor, que si en vida era jalado de los cabellos, en la muerte era una utopía total.

* * *

—¿Negociar? —preguntó ella.

Los mandamases estaban alrededor de la mesa, con los ases en la mano. Desde un monitor, vigilaban minuto a minuto los movimientos dentro y fuera de la casa y sacaban cuentas de cuánto perdían con el tremendo boom de la gran cola. La Bolsa de Valores fluctuaba según los eructos de Teófilo, aunque él seguía en la luna de Paita y en el sol de Colán. Los índices bursátiles, el mecanismo ruin de las deudas externas, el olor de los ahorros y el porcentaje de las mentiras tenían impregnados su presencia.

—Claro que negociar, amor. ¿Te das cuenta de lo que está ocurriendo?

La gran cola había pasado Ventanilla y seguido el perfil de la playa de Ancón. Tuvo que desviarse por la carretera para no entrar a la Base Naval. Así estaba por comenzar el serpentín de Pasamayo. Los vuelos internacionales, las rutas terrestres y las próximas peregrinaciones tenían idéntico destino. Sacando su cuenta a cinco minutos por persona, el magnate de la tele lloraba al saber que se perdía varios millones. Ella sentía el vacío nuevamente. ¿Pero qué era el espacio hueco que crecía tomando la proporción de una burbuja dentro de su estómago? Trataba de explicar el asunto elemental de que Teófilo Bernabé no se manejaba según los parámetros comunes y corrientes, sino que respondía a un sentido que, al ser primordialmente pueril, era, por eso, truculentamente complejo.

Lo observó detalladamente en su corta y estruendosa estadía dentro del hogar del Fantasmocopio. Sus respuestas a las preguntas básicas sobre su propia biografía o acerca de los asuntos de rutina eran desquiciantes. Tampoco tenía bien en claro el significado de ciertas palabras. Cuando niño, fue ojeado por un viajero que le provocó fiebres de cuarenta y en el desvarío del calor confundió el significado de «sueño» y «hambre» por el resto de sus días. Apenas decía «sueño», Cristo Moreno aparecía con té y pan de yema, y Marité tenía que interpretar. Cuando decía «hambre», iba y se rendía en cualquier cama, sin roncar. De pronto, se levantaba y pedía que salieran de la habitación del Fantasmocopio, se encerraba y Cristo decía: «Lo va a calibrar».

Aunque era otra cosa lo que en realidad hacía y tenía que ver con el secreto del

funcionamiento del invento crucial.

Fue ella la que se dio cuenta de que para Teófilo el sentido del invento no era precisamente un asunto científico, sino una elección puramente personal. Lo que más le quedó impregnado fue su amor lleno de convicción, sólido, que había rebasado la frontera de las creencias humanas. Esa percepción la hizo darse cuenta muy rápidamente de que los negocios estaban fuera de sus medidas. Aun así, por un extraño sentido común, podía distinguir perfectamente una propuesta honesta. Fue así que, de entre todas las personas que pugnaban inmersas en un extraño orden que jamás se había visto en una cola pública, apareció don Rafael de la Flor, quien pidió rellenar los huecos vacíos de la Historia. Aquello que se había tergiversado en los libros de texto, en las voces que siempre se callaron, investigaciones fallidas por presupuesto, en las palabras no dichas, en las tradiciones extraviadas o en hipótesis contestatarias. Extrañamente, Teófilo le dijo que sí, con la condición extenuante de que las anotaciones fueran a lapicero y papel, y comenzando de adelante hacia atrás. Rafael de la Flor, incólume frente a las dificultades, y hecho de la pasta de los buenos, pensó que no podía tener mejor premio ni más grande honor que desenredar de una vez lo que habían enredado los seres humanos a su paso por allí, y a eso se dedicó en adelante, hasta el día en que se le cumplió el deseo de encontrarse con Francisco Pizarro, aquel desconocido español que terminó cambiando el destino de América del Sur.

—¿El cholo no negocia? ¿Quieres decir eso? —prosiguió el magnate.

—Debemos enviarle un culazo. Una despampanante rubia con tetas que hablen solas, unas nalgas que lo hagan transpirar y vamos a ver si es que no se doblega. Los pelos de una mujer tienen más arrastre que las cadenas de los barcos —dijo el otro magnate.

De nuevo viraron sus rostros hacia la silla de Marité. Ella tosió. Reconoció en sí misma un nuevo ataque de vacío. Eso. Ya reconocía los síntomas: se le achicaba el corazón, los pulmones y los riñones se le volvían una pepita ínfima. Y el resto, el vacío, que no era ni sangre ni aire ni hígado ni alma.

—¿Marité? ¿Amor? —la llamó el chupamedias del magnate.

Ella volvió al lugar en el acto. Les explicó que la cuestión de Teófilo no era tan sencilla, pues en el poco tiempo que había tratado con él, había sacado la conclusión de que la ciencia le había puesto una argamasa en el entendimiento. Sus valores eran distintos: no pasaban por el dinero ni por las mujeres, ni siquiera sabía si bebía.

—¿Y el negro? Debe de tener un punto débil.

—Cristo Moreno está convencido de que Teófilo es un profeta o algo por el estilo. Además, no sabe en qué forma funciona el Fantasmocopio. Ni tiene la más remota idea.

Las imágenes de los monitores seguían mostrando el inmenso carnaval formado en aquella calle de Villa El Salvador. La primicia había expirado, ya no veían la manera de sacarle el jugo al hecho. A eso se sumaba el asunto de que los estados financieros estaban convertidos en una locura a partir del episodio de Patricia Laos, y los que no tomaban rumbo al sur de Lima tratando de hablar con su muerto, invertían en pinturas, óleos, fotografías, cuadros o música.

—¡El secreto es el negro, mi amor! —gritó el primer magnate nuevamente—. Los hombres siempre tienen un punto débil. Dinero. Mujeres. Joyas. Poder. Algo. Por una pata debe cojear. Antes que los gringos o los chinos se nos adelanten de nuevo.

—Averigua la vida de ese, Marité. Qué fue de su vida. Cómo se juntaron —dijo el otro magnate.

Marité observó por la ventana el cielo de plomo apelmazado que acongojaba la ciudad. Los edificios en esos instantes parecían tener vida propia, opacos y flotando en la humedad de la

neblina. Por supuesto. Ella, ahora la periodista más famosa del orbe, tendría que afilar su nariz de sabueso en los recovecos escondidos de Cristo Moreno. Ese era el precio. ¿Habían cambiado sus aspiraciones? No lo sabía. Lo que sí era curioso era el vacío, el vacío, el vacío. Claro, mi amor, si acabas de ascender por tu ultrafamosa sagacidad, ¿no habría más peldaños que escalar? ¿Dónde dijimos que la parada es hasta aquí? Cerró los ojos para no seguir escuchando. Salió de la oficina de los magnates con los instrumentos periodísticos para la faena. Rebuscar a Cristo Moreno. Tamaño trabajo.

*En los cuatro mares,
pensé que todos los hombres éramos hermanos.
Con todo, en este mundo,
¿por qué los vientos y las olas
se levantan ahora y se agitan?*

EMPERADOR MEIJI. Japón, 1904

Dos

Don Cristo Moreno no nació el día en que una partera cortó en dos la panza de su madre para que naciera por cesárea, lila y ensangrentado, sino veinticinco años más tarde, cuando tuvo un sueño mientras dormitaba en una de las bancas de la plaza Manco Cápac y se le reveló el futuro. No tenía vivienda fija, sus oficios eran tantos que poco le duraban: albañil, carpintero al paso, pintor de brocha gorda y a domicilio, reciclador de desperdicios, ropavejero itinerante, bailarín de ocasión, cómico ambulante, estafador poca cosa, vendedor de loterías, avisador de ladrones, jugador de fulbito por apuesta, cuidacarros y, si el hambre arreciaba, cantaba en los microbuses de la Vía Expresa *Este secreto que tienes conmigo, nadie lo sabrá...*, *Mechita de mis ensueños, muñequita seductora...* y *Contigo aprendí que yo nací el día en que te conocí*. A raíz de las amanecidas en las bancas de la plaza Manco Cápac o del Campo de Marte, se volvió un negro pétreo de ojos fijos y fue así como lo vio María Estela la mañana en que se le presentó catapultado por la neblina de las seis para avisarle que el mundo, a partir de ese día, doblaba su trayectoria al fondo a la derecha.

Antes de los veinticinco años de edad, vivía en su viejo barrio de la cuadra seis de la calle Huascarán, trompeándose cuando podía y a expensas de una madre fortuita que llevaba la ruina a cuestas por su mala salud. A la niñez, cuando todavía comía poco, jugaba pelota todo el día: *Va a comenzar el partido, señoras y señores, el clásico de los clásicos en la cuadra seis de Huascarán, no hay árbitro, los jugadores dictan las reglas, el arco mide seis pasos, cuando viene carro para la jugada, el que la caga se va al arco, goles a ras del piso, de media cancha para adelante*. El creía que iba a jugar en el Alianza Lima y que, cuando tuviera plata, cuando metiera goles, cuando le pidieran autógrafos, cuando el Comando Sur coreara su nombre hasta el llanto, reventando cohetes y asaltando transeúntes, le compraría a su madre una casa en Surco o, mejor, en La Molina, con piscina olímpica, jacuzzi, sauna y gimnasio; la llevaría al mejor médico para que la librara de todo mal (amén) y pasearía orondo en una camioneta full equipo, escuchando *todo tiene su final nada dura para siempre* y mirando de reojo a Lili Arbulú, mira lo que te perdiste, ya no vivirías en un callejón, peleándote por el agua del único caño, sino toda decente, pulcra, una lady de la especie *mírame y no me toques*, faite de quinta.

Se iba a Matute y le daba duro a la pelota, esperando a que lo llamaran algún día, un dirigente, un entrenador, un cazador de talentos, un empresario. El tiempo se le fue pasando en esa espera. No importa, entonces, qué me queda, donde las gallinas de la «U». ¿Cuándo? La quimera no llegaba nunca, esa cuestión de *cualquier día te pasamos la voz, no te preocupes, zambito*. Aunque a veces sí, sabía, no le ligaban las jugadas, se marcaba solo, se entreveraba con sus

piernas. Por eso se trompeó con el cholo Nolazco, porque le dijo «claro, Cristo Moreno, los negros solo piensan hasta el mediodía y los partidos los programan a partir de las tres de la tarde», y se le vino encima, gritándole «seguramente tú eres rubio, serrano grandísimo hijo de la jijuna». Cuando abrió los ojos, la esperanza de la llamadita, una aunque sea para probar, estaba perdiéndose en el horizonte de quinchas del barrio, en el ocaso de la cuadra seis, en el crepúsculo *miserere* de los anhelos. Estaba perdiéndose en un hueco sin fondo que se iba en las palabras, porque me tienen bronca; porque ese dirigente es un maricón de mierda que solamente prueba a sus engreídos que le hacen el amor; porque justo el día que juego bien, que estoy inspirado, que me sale la bicicleta, la cuchara y la jugada del desprecio, no vienen a verme; porque la dirigencia del *fulbol* está podrida.

Y la conciencia le decía otra cosa —porque conciencia había—: que no estaba dotado con la habilidad. Tenía quimba, ganas, astucia, pero no genética. Que la plata se gana cantando en los microbuses diciendo la cantaleta sin sentimientos: buenos días, señores pasajeros, damas y caballeros, disculpen que les haya interrumpido su lindo viaje. Aunque por un tiempo le fue bien, inventándose unos cuentos que eran de temer o de reírse, muchas gracias al señor conductor y al señor cobrador de esta prestigiosa línea de transporte urbano por permitirme subir a su vehículo, quisiera contarles mi desgracia, señor pasajero, bella estudiante, ama de casa, le cuento que por mi cabeza loca, por no saber escuchar el consejo de mis padres he caído en las garras del vicio. No vaya a creer que en la drogadicción o en el alcoholismo. No, señores, he caído en el vicio terrible del sexo. Es una cosa incontrolable, señor pasajero, quisiera que me comprenda. He asistido a una serie de médicos y especialistas para ver qué puedo hacer con este mal que no respeta edad ni condición social, que no tiene horarios ni rutinas, que amenaza mi existencia. No quisiera usted, por cosas del destino, tenga algún pariente suyo que cruce conmigo en circunstancias en que pierdo el control y el equilibrio. Por último, el doctor Abelardo José Alva me ha dicho que la única solución para este patético problema es la castración. Sí, señoras y señores, damas y pasajeros, amigo trabajador y estudiante, así como lo oye, me la tengo que cortar. Tengo que hacer este sacrificio terrible porque no me queda otra. No quisiera volver a caer en los oscuros calabozos de un penal. Es por ese motivo que quisiera ofrecerles estos ricos caramelos de la prestigiosa marca Ambrosoli; cuánto le cuesta cuánto le vale, la irrisoria suma de dos por cincuenta y cinco por un sol, que a usted no lo van a empobrecer y a mí no me van a hacer rico. Y pasaba ofreciendo los caramelos y todos le compraban, mirándole la bragueta, pensando no vaya a ser que se aloque porque no le compro sus dulces y me calza este infeliz. O se levantaba la camiseta y enseñaba el corte de la operación de apendicitis que le practicaron de niño, pero que para la ocasión le habían hecho en una gresca en el penal de Lurigancho, de donde recién había salido y no quiero regresar porque no lo conozco y usted no sabe lo que es esa vida.

En esas se debatió hasta que ese sueño se le vino a la mente en la banca de la plaza Manco Cápac. El sueño había sido tan preciso que llegó a la casa de Teófilo Bernabé sin perderse en el trayecto y sin tocar el timbre que no timbraba. Este le preguntó la razón de su visita:

—Es que he soñado que tú eres el hombre.

—Bueno. Me alivia, señor. Por lo menos, ahora sé de verdad que no soy un gato.

La respuesta le pareció tan sabia que le rogó quedarse. Teófilo lo recibió por un sentido de hospitalidad ancestral, sin desconfiar. Cuando el inventor le enseñó el armatoste que iba fabricando para alcanzar el espíritu de su amada, Cristo Moreno interpretó de inmediato su sueño y se autonombró discípulo suyo. De allí en adelante, su trabajo fue andar por el jirón Paruro buscando alambiques, diodos y electrodiodos, transistores y antenas, cables y más cables y cosas

que llevaba por si acaso, aunque no las entendiera, porque, en realidad, no entendía un ápice de las maniobras, pruebas, repruebas y ajustes de Teófilo, que cuando trabajaba iba hablándole en el idioma de las máquinas y en eso sí que estaba perdido. Por las noches, cuando cesaba el mecanismo mental de lidiar con los trastos electrónicos, conversaban en un extraño diálogo de dos individuos dispares por donde se les viera, pero que congeniaban por una extraña simbiosis alimentaria, incomprensible. No solo eran distintos por la raza que representaba su piel, sino que comían diferente, pensaban según lo aprendido en sus medios sociales y ni concordaban en las supersticiones, pues no eran congruentes el Señor de la Misericordia con los Apus andinos. Allí convivían; sin embargo, en la pobreza todos parecían estar hechos de adobe y paja, y aparentemente esa era la razón para que siguieran adelante, sin saber si estaban siguiendo la misma dirección.

Un día, después de bastante lidiar con los circuitos, a Cristo Moreno se le ocurrió que se acercaba la blanca y roja Navidad y, por ese gusto, compró un vino barato. Fue el error de su vida. Teófilo nunca había bebido alcohol. Ni bien le llegó a la sangre, y de allí a la cabeza, se puso a bailar la canción que iban a tocar cuando hizo estallar los castillos de su casa original. Luego lloró en aimara y recordó a su abuelo, el brujo Cheje, que le dijo que un día él iba a traer el cambio a la humanidad entera y me dejarás sin trabajo. Pateó las paredes, metió patadas a las puertas y Cristo Moreno entendió que el trago no iba con él, «porque se le sale el indio». Le tuvo que meter un cabezazo y varios golpes de peleador callejero para privarlo; lo cargó en vilo y lo acostó haciendo vigilia. Temía la reacción de Teófilo al recobrar el conocimiento. Pero cuando este despertó ni se acordó del cabezazo y los cuatro rectos a la mandíbula; por el contrario, se estiró, dibujó una sonrisa poco usual y se fue a donde estaba el aparato:

—Por fin lo sé, Cristo. Lo que falta allí no es artificial ni de circuito, sino materia orgánica.

Como de costumbre, Cristo Moreno ni le entendió ni quería hacerlo, pero le siguió la cuerda. Primero creyó que se burlaba de él cuando le decía: «Mire, Cristo, obtenga el integral de esta cuestión y luego me dicta cuál es la serie del chip». Eso estaba fuera de su quinto de priMaría y ocho cursos desaprobados. Aun así, tuvo que aprender a ganarse la vida reciclando mecanismos electrónicos en Paruro. Era una antigua calle del Centro de Lima, abarrotada de comerciantes que vendían desde micrófonos y parlantes hasta teléfonos celulares de segunda, cámaras y repuestos para licuadoras, lavadoras o televisores. El imperio de los alambiques. Por allí transitaban las especies conocidas o desconocidas de mecánicos caseros y sus variantes, y así por el estilo, Cristo Moreno parecía ser uno de ellos, solo que no renunciaba a su hábito de parar a tomar emoliente con goma y linaza e ir mirando el suelo para encontrarse un aditamento, o hacia arriba para descubrir lo que escondían en los techos.

Sucedió que, después del cabezazo y de que Teófilo dijera que se trataba de algo orgánico, en vez de enviarlo a Paruro, le dijo que fuera al mercado de la Chanchería, bastante más cercano, y le dio relaciones escritas a mano que comenzaban por solicitar hortalizas podridas, luego verduras, luego carnes pasadas de fecha, para después variar a frutas, a condimentos, y terminó por pedir buenas porciones de basura. Ya hasta vergüenza sentía, porque los municipales lo correteaban para internarlo en el hospital Larco Herrera, creyéndolo loco, o discutía con los desquiciados o con las víctimas de la pasta básica por la posesión de las pocas tripas que no se llevaban los perros hambrientos. Qué le hacía, pues. Así se ganaba la vida, al fin y al cabo, por una buena causa. Teófilo se encerraba y tomaba la caja negra y probaba y lo enviaba de nuevo hacia la Chanchería, hasta cansarlo. En ese ir y venir, después de veinte meses de probar con las inmundicias del mercado de abastos, lo encontró sentado en la banca rústica con la temible botella

de vino de mala uva en la mano.

Fue una de las pocas veces en que lo sintió lúcido. Se refería a *lúcido* cuando dejaba ese tono profético con el que solía expresarse o las frases que adornaban una ignorancia del mundo medio desenvuelto en los linderos de su nariz.

—Mírala, pues, Cristo —le dijo.

Por fin, sobre la pantalla, estaba la mujer. Comprendería luego que no tenía el cabello rubio ni las facciones perfectas con las cuales la describía Teófilo en sus rústicas conversaciones sobre el pasado. Se puso a temblar. Del estómago le brotó la sensación de unas mariposas que volaban tratando de escapar y le rozaban las paredes internas, lijándole los órganos con papel de fierro. Aunque sabía que tarde o temprano llegaría a su objetivo, el temor al desconocimiento le hizo ascuas el cuerpo y cayó en el suelo de rodillas y pidió al Señor de los Milagros que lo librase de todo mal.

—El Señor te ha librado, Cristo Moreno —le dijo Gianina, desde el aparato.

—¿Eres un ángel? —le preguntó.

—No soy un ángel. Apenas soy eso que sabrás.

* * *

—Tenía que ser un indio. Alma páfida —dijo el magnate.

Marité oyó el ruido que salía de esa garganta que vociferaba la renuencia de Teófilo a negociar. La gran cola estaba en su máxima extensión y el carnaval que había generado seguía llenándose de vida, y los inversionistas veían deshacerse la oportunidad de enriquecerse, aunque la riqueza, de la forma en que se había conocido antes, comenzaba a mudar de formas hasta tener las vestiduras que hoy sabemos y palpamos. De Cristo Moreno no había podido extraer demasiado, aunque, a decir verdad, tampoco había tenido la intención.

—¿Por qué tenía que ser un indio? ¿Por qué no un alemán, un japonés o un norteamericano, como siempre? —volvió a gritar.

Ella quiso responderle. Se contuvo, se dio cuenta de que el magnate hablaba por el escozor de las heridas. Verdaderamente, Teófilo confiaba en ella. Al poco tiempo, se había convertido en un extraño médium que llevaba noticias por ambos extremos de la frontera, una frontera que no estaba establecida ni definida en el vaivén que iba formando la nueva parafernalia. Y aun así, era una frontera, un límite, una línea fría, colosal y priMaría, pues era poco lo que los hombres habían podido hacer para superar aquella terca tendencia a marcarse diferentes, cuando un centímetro de piel y cien millonésimas de litro de melanina cambiaban el aspecto del tegumento. Eso era lo que el magnate y su séquito no asimilaban. Y no podían comprender que la terca convicción de Teófilo por mantener el Fantasmocopio como cosa suya, sin fines de lucro, era uno de esas aspiraciones sin anhídrido carbónico tan propias de él.

Tan propias de él que el día en que su madre Filomena reapareció en su vida, no la distinguió por ser la figura que le había dado de lactar, sino por ser dueña de las manos que lo castigaron. Las vio más pequeñas de lo que eran cuando azuzaba los palos y los látigos sobre su lomo de ocho años, pero las apreció igualmente macizas. Ella se lanzó a sus brazos, reformada en una madre pródiga que regresaba al seno del hijo que no pidió que se alejase, dispuesta a pedirle perdón. Él no la perdonó, porque no tenía una gota de rencor. Creía certeramente que los castigos impresos en su pequeña coraza eran parte de las costumbres del clan, pues sabía que a sus hermanos

mayores las tundas no les habían sido ajenas. El cuello macizo y corto de Filomena se convirtió en un nudo de lágrimas cuando vio al vástago que detestaba hecho un hombre. Tenía puesto el sombrero ovalado sin flor y llevaba las trenzas negras bajo los hombros, sin perder el aroma del lago que trajo consigo tras mil quinientos kilómetros de carretera. Junto a la familia alcanzó una relativa prosperidad producto del contrabando. Indistintamente, cada uno de los hermanos de Teófilo había podido estudiar en universidades, seguir arraigados al comercio o invertir en la difícil agricultura de los valles gélidos.

Cuando la noticia del famoso descubridor dio la vuelta al mundo e hizo escala en su pueblo, la alegría desbordó el barrio y la fiesta estalló en un desmadre de cerveza y yonque que cedió a los tres días, porque alguien reaccionó y manifestó que nadie se había comunicado con Teófilo Bernabé para felicitarlo. Tampoco sabían qué hacer para ubicarlo. Las noticias sobre él, desde su partida con el tío Clemente, habían sido siempre difusas e interpretadas de acuerdo con la visión de cada uno. Su madre secretamente sabía que estaba bien, y posponía siempre el momento para volver a verlo. Los demás, cada uno a su manera, creían que estaba estudiando en algún centro de educación estatal o lo confundían con los niños trabajadores de la calle que, de vez en cuando, salían en esos reportajes mediáticos que explotaban la miseria humana desperdigada debajo de las luces de la cosmopolita y mefítica capital. No estaban lo suficientemente cerca de pensar que, lejos de la cofradía del comerciante y el desorden de los triciclos, el hermanito menor iba construyendo el otro mundo que les iba a caer encima, siempre desde el fondo a la derecha. No tenían ni dirección, ni teléfono, ni referencia, ni modo para arrancarle una palabra.

Fue así que Filomena emprendió el viaje de reconocimiento al vástago, sin más señas que las que tenía de su hermano Clemente. Cuando llegó a Lima, no le fue difícil distinguir hacia dónde tenía que ir, porque vio por la ventana del bus la gigantesca fila que se diluía por la ciudad. Lo único que tuvo que hacer fue seguir a las personas, hasta que se topó, muchos kilómetros después, con la desconocida casa del desconocido hijo que estaba por reconocer. Por fin se le dio la oportunidad y pudo acercarse hasta la construcción a medio acabar o a medio empezar, y lo llamó por el nombre con el que solían mencionarlo en el hogar primigenio y la puerta se abrió instantáneamente. Marité fue testigo presencial del acto, del abrazo que se presentó, minutos después, en la prensa, con el titular de «Feliz reencuentro entre Teófilo Chura y su madre». Vio a la mamá de cobre internarse en el pequeño parnaso del hogar para desaparecer de inmediato. Vino para quedarse. No invadió nada, solamente se hizo de un espacio en un lugar imperceptible de la casa para atender a los famosos y permaneció muda e impermeable a la sensación que agobiaba al resto, detrás de las paredes hasta donde no alcanzaba a verse ni el horizonte.

Ese día, también, Marité se percató de que cuando estaba cerca a Teófilo, el vacío que le crecía en el estómago se borraba de milagro. Primero se lo atribuyó al efecto desconocido que podía tener el armatoste fantasmagórico inventado, mas luego se percató de que el espacio hueco se reducía cada vez que se acercaba al inventor. ¿Tú, María Estela? ¿Tú, toda tú? ¿Qué era entonces el vacío, el espacio que concebía allí abajo? Ingresar a esa extensión la hacía abstraerse de lo cotidiano o sumergirse en una idea que Teófilo le contagiaba respecto a los perros apurados de la calle que para algún lado tenían que ir. El local de trabajo, que antes fuera el agua donde se desenvolvía como pez, le parecía ahora un denso cubículo de aceite que albergaba demonios de variadas especies, demonios gordos y embadurnados de ambición o demonios macilentos que arrastraban sus cámaras buscando exprimir la noticia hasta succionarla. O desangrarla. Oh, garrapatas mediáticas, capaces de transformar la vida humana en un basurero. Lo cierto es que en el cuchitril donde Teófilo Bernabé y Cristo Moreno compartían sus huesos se sentía con el espíritu

libre de la presión amorfa que la trituraba en el canal. Allí, mientras una por una las personas iban a enterarse de la vida de los muertos, ellos esperaban que pasaran las horas, dialogando por contagio sobre las mismas sustancias inverosímiles que salían de la garganta del inventor, desprovisto de malicia porque ni tiempo había tenido de contagiarse y, lo peor, ajeno completamente al cachivache en que estaban convertidos la ciudad, el país, los continentes, los mares y los aires contiguos.

Y qué distinto del edificio sobrecargado de tensiones en la esquina de la televisión. Quería renunciar al peso fatídico depositado entre las paredes, bajo la luz radiactiva de los reflectores, y al maquillaje de utilería y a las risas fingidas y a las amistades a medias y a la hipocresía refinada y a la verborrea solapada y al acoso permanente de los promiscuos machos mediáticos. Tenía que ir. ¿Ya no era famosa? ¿Ya no había obtenido lo que quería? ¿No la saludaban por la calle, con pleitesía, admiración? ¿Aquel no era el límite? Tenía que ir, sin querer llegar. Ya no contaba los segundos apretados que asesinaban al amor, por el contrario, sentía una vejez prematura en los oídos o bajando como una gota de sudor helado por el centro de la espalda. Solamente allí. Descubrió, con el pasar de los días, que era un mecanismo creado por la evolución de la mujer para no escuchar lo que no se quería oír, en el siglo de la contaminación por el ruido.

—¿Me podrías decir, por lo menos, cómo carajo funciona el maldito aparato ese? —le preguntó el magnate, con su habitual prepotencia.

* * *

El Fantasmocopio no era otra cosa que un sistema de radio convencional, con la salvedad de que captaba pequeñas frecuencias intermedias del espectro común y corriente a través de una sucesión de antenas especialmente diseñadas a puro pulso para esa función. A su vez, la gama de frecuencias se amplificaba mediante otro procedimiento bastante complejo cuyas especificaciones técnicas no son motivo de este volumen. A pesar del avance de la tecnología hasta esa fecha, a nadie se le hubiera podido ocurrir semejante idea, y allí radicaba la genialidad de su descubridor: podía tratarse de tú a tú con las máquinas. Eso servía para captar voces, pero no imágenes. Cuando se imitó el sistema con las antenas y frecuencias, se logró eso: solamente las voces, y hasta allí podría interpretarse como una farsa radial. La lucha en adelante entre los científicos y oportunistas de medio planeta y Teófilo era saber cómo se obtenían las imágenes. Muchas y variadas formas de soborno se sucedieron en espiral sobre el secreto, pues revelarlo crearía irremediablemente la industria de conversar con los muertos.

Lo que sí era fijo es que la caja negra del Fantasmocopio envolvía el secreto. Ni siquiera el propio Cristo Moreno sabía cuál era su contenido, pues, cada vez que Teófilo iba a tratar sobre lo que tenía adentro, se encerraba en la habitación. Tampoco le interesaba discutirlo, además no comprendía nada: él solamente se conformaba con conseguir los alambres. Básicamente, el Fantasmocopio original contenía, aparte de la caja negra y la pantalla, cuatro consolas, de las cuales solamente una recibía las señales provenientes del sistema de antenas. Las demás señales pasaban a través de las tres restantes, que eran una imitación de los amplificadores, aunque Teófilo decía que eran condensadores. Después pasaban por la caja y de allí por un cúmulo de circuitos que derivaba en la pantalla. Aparte, el sistema tenía conexión con un centro de mando, desde donde se controlaba la época. No todos los muertos o seres humanos del siguiente nivel estaban presentes al mismo tiempo, sino que yacían encapsulados en determinadas divisiones que

se ajustaban mediante un máster.

Cada división constaba de 164.79 años, es decir, lo que demora el planeta Neptuno en dar una vuelta alrededor del Sol. Teófilo no se preocupó en ningún momento de dar con la lógica de este evento (¿por qué se tiene que inmiscuir el sistema solar o Neptuno en asuntos nuestros?) ni de alterarla. Por insistencia de Rafael de la Flor, llegó a habilitar a través del máster hasta el año doscientos cuarenta y dos de la era común para aspectos de investigación.

Cristo Moreno se encargó desde un inicio de anotar, con una pertinaz facilidad para cometer errores ortográficos, cada una de las revelaciones que hacía Gianina Robinson, datos que tenían que ver con la existencia al otro lado de la pantalla. La primera edición del *Manual del Fantasmocopio* fue corregida en su totalidad por la prestigiosa editorial que también ha tenido la gentileza de publicar esta historia, más minuciosa, acerca de los hechos ocurridos luego de que el mundo se rindiera a la vorágine del invento que iba a trastocar la manera de vivir, creer y actuar de millones de personas.

Dado que las distancias eran similares a las terrenales, solía suceder que los familiares esperaran semanas antes de ver a sus seres queridos. Ello acrecentó la congestión multitudinaria hasta rebalsar la Panamericana Norte. Cuando Rafael de la Flor empezó a batirse en la tierna y sobrecogedora tarea de llenar los espacios vacíos de la Historia, se dio cuenta de que los hombres y las mujeres no mentían. Estaban dotados de la madurez que les otorgaba la muerte. Allí era donde el estupor de la vergüenza quedaba a un lado y las oscuras triquiñuelas con que se solían construir o derruir existencias saltaban a la verdad. Sin cielo, sin purgatorio y sin infierno la conciencia adquirió un nuevo matiz, mucho más complejo y pesado, pues la raza humana volcó su razón a que podía soportar el desmedido peso de las malas acciones y decisiones que a veces venían a consecuencia de la libido: poder, ambición, mezquindad o pura y simple maldad.

Así que iba llamando y examinando a los protagonistas, tratando de unir los cabos y enredándose en su afán descomunal y laberíntico, hasta el extremo de darse cuenta de que se iba a trastornar de tanto hacerlo, pero con la convicción real de que, cuando pasara al otro lado, vería su obra con la lucidez que ahora apreciaba en sus interlocutores. Las visitas de los curiosos o de aquella mayoría que buscaba respuestas a sus preguntas o que tenía un asunto que dilucidar, y el inquebrantable Rafael de la Flor compartían casi por completo el empleo del Fantasmocopio. Solamente eran interrumpidos por Teófilo, que pedía la salida de propios y extraños a fin de efectuar la «calibración» y comunicarse, como cada día, con Gianina Robinson para rendirle cuentas, darle explicaciones y dejar sentada su predisposición a amarla por siempre, hasta el día en que nuevamente se reunieran, fuera por la vejez o por la fuerza.

* * *

La vida en un monitor. El ánimo en una señal.

Viejo zorro, magnate, sabelotodo mordaz de la vida vivita y coleando, sabía bien que por ese lado no podría entrar. Por lo menos ahora no. Conocía bien ese brillo que lubricaba las pupilas de los ojos, su significado y sus límites. Sus pocas fronteras. «Muchacha necia», pensó. No sabe lo que se pierde. Acostumbrado a los avatares de los negocios, creía ciegamente que el amor no era otra cosa que una relación puramente comercial. Se lo había demostrado en la práctica un matrimonio nacido en el amor afectuoso y juvenil, y deslucido *a priori* por el ayuno de la rutina, la distancia y

la anuencia de los hombres a reconocer que el tiempo le pasa facturas con impuestos y aranceles al cuerpo. Nunca más, después de aquel experimento social que terminó transformado en un modelo primitivo del qué dirán, sintió una pizca, un cosquilleo, un remezón que lo hiciera torcerse ante el destino. Por el contrario, había cultivado el arte de la perfidia, el cálculo de la falsa bondad para ser el todopoderoso, mandamás mediático, dueño de multitudes.

Conocía la psicología de los hombres, al igual que la suya propia. Una vez, en un viaje de placer por el África, había sido testigo excepcional de una cacería de leones. Aparte de la destreza de los felinos, un golpe de suerte les colocó más presas al alcance de sus garras que las esperadas, y la manada se dio un festín. Y para cerrar con broche de oro la jornada, un desahuciado antílope se cruzó por el camino de una leona dorada que acababa de almorzar cebras. Era como vestirse voluntariamente de postre. Pero la leona, con el estómago lleno, no lo tocó. Lo vio pasar delante y lo dejó vivir. Ya había tenido lo suficiente, no necesitaba más. En cambio, el hombre, singular *Homo sapiens*, había perdido su naturaleza animal miles de años antes, cuando dejó de comer carne cruda y luego se volvió agricultor. La gota que rebalsó el vaso contranatural que se estaba forjando en la cara pelada de la Tierra cayó cuando el ser humano descubrió que podía ahorrar. Que podía guardar comida para los largos inviernos o agua para las sequías y, a partir de allí, nació la ambición, ese deseo irreprimible por acumular, sino especies, entonces metales o tierras o simplemente animales de tiro. El panllevar era solamente para la supervivencia de ciertos retrógrados condenados a la extinción o a la absorción por parte de sus propios congéneres.

Esa fue, también, según su vena científica, la triste etapa en que la mujer eliminó su olor a celo. Ese olor o cambio de color o de conducta que experimentan todas —sin excepción— las hembras de la naturaleza. Hasta nuestras hermanas cercanas que son las primates. Ahora el celo se había trastocado en una mala copia suya llamada ovulación; un periodo mensual cuya garantía se evidenciaba en una mayor cantidad de oportunidades para concebir, pero no para poblar la Tierra y sojuzgarla, sino para conseguir brazos: mano de obra en cantidad, manos que sujetaran las armas de la guerra, que explotaran las minas y el campo. O sea, la ambición había tocado hasta las fibras de la animalidad, los orígenes de ese ser que se escapó del riguroso control de Dios y sus ángeles asesores.

Y a él le placía haber entrado por la puerta grande a ese entuerto. Ambicioso. Muchos lo catalogaban de explotador ruin que había forjado un imperio a base del sudor de artistas, reporteros, guionistas, animadores, bailarinas y camarógrafos.

Ahora, controlando cada detalle en el aposento mediterráneo de Teófilo a través de un sistema de cámaras, calculaba cada movimiento del ajedrez en el que estaba participando sin que lo invitasen. Quizás siendo una pieza más. O, de pronto, asumiendo el omnipresente papel principal del otro lado del tablero. No podía ganar el juego ni por la imbecilidad de Teófilo ni por el alma blandengue de Marité. Sabía bien de qué pie cojeaban los hombres, o sea, tenía que ir por la tangente de Cristo Moreno. Ya no era cuestión de paciencia o espera, sabía que muchos medios de primer orden planeaban exactamente lo mismo. La cuestión era adelantarse, fuera de la forma que fuera.

* * *

Con los años, la Vía Expresa llegó a convertirse en una de las rutas más importantes de la urbe.

Atravesaba la ciudad de modo que llegar desde el Centro hasta los distritos del litoral se convertía en un viaje corto y veloz. En su auto Honda, rojo y del año, la había recorrido siempre de memoria, sabiendo a qué altura se inclinaban las curvas y en dónde se pisaba más fuerte el acelerador para llegar en contados minutos al canal o a donde fuera. Pero ese día, tal cual venía sucediéndole más a menudo, no tenía prisa. Pudo observar los detalles publicitarios o del medio ambiente de concreto que disfrazaban las calles y que antes no apreciaba. Grandes avisos políticos, bancos, ofertas de estación, comida para mascotas. Incluso un inmenso cartel con su imagen, que anunciaba las bondades y el buen precio de un modelo de teléfono celular en el que no había reparado. Lo sabía, no quería llegar al canal donde la sensación a náusea la consumía. Apenas abandonaba la casa de Teófilo, el hormigueo comenzaba a burbujear dentro de la barriga y, conforme avanzaba, se iba transformando en el vacío catastrófico que no la dejaba dormir, que la hacía transpirar en pleno frío, que la tenía a mal traer, que no la dejaba con vida.

Así que era él. Él, que tenía un imán que lo atraía todo, desde los clavos hasta las muñecas. Rebuscaba en esa parte de la mente donde los recuerdos se disgregan y se oscurecen para sacar a relucir los episodios intermitentes en blanco y negro. Allí tuvo que alternar con el cholito que hacía volar las muñecas y ladrar a los osos de peluche y que había creado para su prima moribunda el planeta de un relojero acróbata. Quién iba a pensar que años después se lo encontraría cambiando medio mundo de casualidad por un acto de amor contrito y superior. Quién iba a pensar que ahora, argucias del hado, estaría tan cerca de él que podría sentir la trepidación de sus fosas nasales absorbiendo aire; que se fijaría en ese muchacho que en otra latitud, que en otro firmamento, que de otra manera no sería siquiera mirado por el rabillo de su ojo. Quién iba a pensar que ella, la que dilapidaba amores, restregaba novios, ultimaba relaciones, iba ahora a caer rendida a sus pies. Caer rendida y redonda, desbocada de ilusión. Quién iba a pensar que decidiría no seguir el rumbo que le signaba el destartalado horario de trabajo procreador de su gastritis crónica y daría media vuelta para ya no sentir el vacío que crecía como un trozo de iceberg dentro de sus paredes estomacales, con la firme decisión de inocularle el sentimiento que ella albergaba: un fantasma viral contenido en su torrente sanguíneo.

El automóvil raudamente se apoderó de la avenida y comenzó el recorrido en sentido inverso. Hacia Villa El Salvador, el distrito que conocía ahora mejor que ninguno, incluso mejor que su San Isidro natal. Apenas se detenía por mandato de los semáforos en rojo. Pronto se internó en el laberinto al aire libre de las casas sembradas de raíz en los arenales. Aceleró, pues su presencia le urgía. Un mensaje en el celular la remitió nuevamente al timón que había olvidado entre las manos: «Cariño, te esperamos en el canal. ¿Qué pasa?». Era el editor barbudo, de alma barbuda, de barbudas actitudes y barbudo corazón. Ella cogió el teléfono con la mano derecha y escribió un mensaje instantáneo: «Renuncio». Pocos segundos después, o quinientos metros más adelante, recibió la contestación. «¿Estás loca? El magnate se va a poner furioso». Ella murmuró, apretando los labios, váyanse a la mierda tú, el magnate, su bendito canal, el noticiero, la fama, su porquerizo. Lo iba a escribir en el teclado, pero se ahorró el trabajo y apagó el celular. Era la mejor manera de decirlo, de todas formas. Además, le apremiaba la necesidad de llegar pronto, ver a Teófilo, estamparle un beso de cuerpo presente, quitarse la ropa, ser su mujer.

* * *

El magnate recordó: siglos atrás, aparte de ser esclavos, estaba prohibido enterrarlos. Se les

lanzaba a los basurales o se les dejaba en la calle para que se pudrieran o fueran almuerzo de los gallinazos. Ahora resulta que eran toda una novedad. Desde celebridades de cine hasta presidentes. Incluso este, que estaba envuelto en el meollo de la fanfarria del Fantasmocopio. Curioso tipo. Vestía con modestia el negro. Una camisa limpia y pantalón jean antiquísimo, bien zurcido. Los zapatos eran una suerte hallada en el albur del reciclaje que resistieron el mal trato de andar a pie. «Con lo que tiene en sus manos», pensó el magnate. Lo había hecho traer hasta él, porque sus esfuerzos indirectos a través del mal necesario de los intermediarios habían resultado infructuosos. Ya tendría oportunidad para ajustar cuentas con aquellos mediocres traidores.

«¿Ha escuchado hablar de Armani, Christian Dior, Oscar de la Renta, señor Moreno? ¿Alguna vez ha olido una fragancia de Carolina Herrera o ha tenido un automóvil Volvo del año? ¿Conoce Egipto, Grecia, las islas Canarias, Bariloche, Tokio o Estambul?». El magnate se puso de pie, sin dejar de mirarlo como a un ser inferior envuelto con torpeza en la novedad de haberse sacado la lotería instantánea y todavía con un boleto fiado. Le señaló, a través del cristal polarizado, las apretujadas manzanas de edificios yuxtapuestos y le hizo una pregunta:

—¿Alguna vez has sido dueño de algo?

Cristo Moreno sacó de debajo de la manga una respuesta al más puro estilo teofilobernabesco, con criterio de niño, pero escondiendo el filo de la lanza.

—Sí. He sido dueño de mi sangre.

El magnate lanzó una carcajada. Una carcajada que casi partió el vidrio, por la ironía. «No me refería a eso», continuó diciendo sin parar de reír.

—Me refería a automóviles, edificios, casas de playa y mujeres. ¿Has tenido sexo alguna vez? ¿Sexo real y del bueno? O sea, no con un pescadito cualquiera. No. Hay algo que los muertos en vida no pueden disfrutar y ese es el bello y laxante ejercicio del placer. El placer de la carne. Encima de este escritorio, aunque no lo crea, señor Moreno, he poseído en cuerpo y alma a las mujeres más ricas de este país. Algunas porque pretendían un programa propio, otras rendidas ante el olor del dinero y otras, las más cojudas, simplemente porque se enamoraron. Yo no he tenido cama. He tenido escritorio, piso, bañera y hasta pared y escaleras. A veces me entraba la calentura y no cerraba la cortina y los vecinos metiches se ganaban con mi espectáculo aparte. ¿Te has tirado a una rubia, una de esas que te ha mirado como poca cosa? ¿Aunque sea por venganza? ¿Aunque sea para saber lo que se siente? No, no lo sabes. ¿Qué puedes conocer de la vida, de la filosofía del cuerpo? Te doy un ejemplo. El ejemplo de Adán, el de la Biblia. Él es un héroe. Un héroe defenestrado por los hipócritas purpurados que nos han engañado a lo largo de siglos. Cuando Adán tenía ochocientos años se aburrió de tirar con Eva y se enfrentó a Dios. Después de todo, Adán era observador: veía a los perros, orangutanes, leones, hipopótamos polígamos, a la naturaleza que le rodeaba darse el festín de la reproducción, unos con otros, padres con hijos, tíos con primos. ¿Y por qué él no podría disfrutar de esa orgía de la naturaleza? ¿Por qué tendría que estar eternamente condenado a Eva, sin nada nuevo que descubrir en su centenario cuerpo? Y Dios —que es matemático— sacó cuentas y le propuso que, a cambio de tener lo que quería, debía condenarse a muerte. ¡Y lo prefirió! ¡Prefirió la muerte a ese encierro de la vida eterna! ¡Adán sí que era un adelantado a su tiempo! ¡Él si debería llevar un título justo! Eso de la manzana del Edén es una mentira, una lección de claustro puritano. Y por eso es que internamente los hombres somos dueños de todo lo que se mueve, con tetas o sin ellas. Por eso me refería a si has sido dueño de algo, si tu tacto ha palpado el placer de lo material.

Lo que el magnate no había percibido con claridad es que Cristo Moreno le había hablado literalmente: he sido dueño de mi sangre. Ya entrado en años, recién comprendería que los seres

humanos no son producto de sus actos, sino del azar. Desde el momento biológico y crucial en que el óvulo es fecundado sin escoger por un renacuajo protozoo que viaja por un conducto sin saberlo, ya es azar. El niño que nace sin escoger a sus padres, es fruto del azar. El propio encuentro de dos seres no predestinados a unirse en una cama por vínculo o no: azar. El hombre que se despierta una mañana para llevar el camión a una pista en donde se teñirá con la sangre de otro hombre es presa del azar. El pequeño error, el pequeño acierto, la pequeña llamada, es el azar. Sin embargo, cuando halló la pista del Fantasmocopio, se dio de cara con la verdad: ya sabía a dónde conducía aquel camino. Por fin, pues, era dueño de su sangre y no títere del azar. Supo con certeza a qué cubículo irían a parar sus huesos, en dónde depositaría su espíritu. Cayó en la razón de aquello conforme iba transcribiendo las frases que diseminaba Gianina Robinson, y en ese derrotero fue construyendo la imagen que necesitaba de la vida y confirmó que, en el imperio de las casualidades, él simplemente pasó a recibir la peor parte, pero con un diamante incorporado entre las migajas.

Ni Teófilo tenía esa agudeza para entender las transformaciones que se venían. No por un raciocinio egoísta, sino que se mantenía limitado dentro de los parámetros bajo los cuales creó, para sí, el Fantasmocopio: el amor, sí y solamente sí. Fue por eso que, cuando llegó Marité a la casa, no entendió siquiera remotamente el significado de esos ojos de gata que acariciaban la miel de la luna. Parecía que en esos momentos, por pura casualidad, todos los que habitualmente pululaban por la casa —Rafael de la Flor, Cristo Moreno, Filomena y los visitantes de la famosa cola del millón— hubieran desaparecido para permitir la ocasión. Solamente sintió el empujón de la mujer decidida a recomponer sus huecos interiores a punta de besos, y así le lanzó una estampida de labios que lo revolcaron en vida. La desconocida sensación le embadurnó el cuerpo de pies a cabeza, el corazón tomó las dimensiones de un remolino que amenazaba seriamente con fugarse por el primer espacio del alma. Ella, que sabía que todos los pasos le pertenecían, porque Teófilo jamás daría el siguiente, hizo el camino como si lo hubiera conocido desde el día de su nacimiento, como si hubieran nacido el uno para el otro, como si los astros hubieran congeniado para dar con el signo exacto del zodiaco, como si sus cuerpos se hubieran estado esperando toda la vida para ese momento preciso: el preciso momento en que Teófilo, con un impulso de su cuerpo congelado por el sudor, la hizo ponerse de pie, cortando cualquier intento de proseguir el incendio:

—¿No sabes que Gianina nos está mirando? Está aquí, presente, ahora.

* * *

Cristo Moreno volvió por la calle aquella que abandonó cuando se fue tras la revelación de Teófilo Bernabé. La calle estaba detenida en el tiempo. Por allí no había pasado el descubrimiento; la revolución sin ideología de la interpretación de la muerte no era un caso conocido entre las viviendas. En realidad, la noticia se la habían disputado los políticos, la prensa, la religión y los negociantes de turno, de manera que a los pobres les llegó por retazos y de acuerdo con la mejor conveniencia de unos y a los intereses de otros.

No reconoció a primera vista los angostos vericuetos de sus juegos primarios, el asfalto había cobrado un nuevo color tan solo de hacerse antiguo, y las casas, ya sin capas de pintura con qué maquillarse, habían sido arrasadas por el polvo, el moho y el humo de los transportes. En algunos postes y en una que otra esquina reconoció su propia imagen, señalada con mensajes

distorsionados: en unos, denominado lumbrera de la humanidad y, en los otros, calificado como paradigma de la vileza y la tacañería. Quién entendía a los hombres. Pocas horas antes había salido de la oficina del magnate con el compromiso falso de volver para sellar una negociación. Esa perorata unipersonal lo había convencido de dar una vuelta por ese paraje, las postrimerías que antes apenas conocía con una sabiduría que le parecía universal y que ahora consideraba una millonésima de estupidez.

No demoró demasiado en llegar a donde quería. Algunos curiosos lo reconocieron, lo llamaron por su nombre. Parecían conocerlo de siempre, y seguramente era así, pero Cristo los tenía perdidos en su otra vida. En la puerta del callejón sintió miedo. Las paredes con sus orificios de puñalada y bala de nueve milímetros, los adobes sobresalidos para esconder droga y los sanitarios para varias familias a la vez. La Virgen María estaba arrancada de la gruta de piedras que fuera su lugar habitual, las tiras de los cordeles se confundían con los cables de energía eléctrica, hasta el extremo de tener colgada ropa húmeda en ambos cables sin distinción. La puerta que buscaba era la sexta. La estaba contando una por una, cuando de pronto saltó una anciana mestiza que lo incriminó:

—¡Claro! Con tanta plata y tan famoso ahora que no se acuerda de su pobre madre.

Era Serafina Espiritu, su vecina. Sus harapos de sirvienta los mantenía puestos, a pesar de que tenía siglos de haber planchado la última camisa en una casa donde se desempeñaba de doméstica a media jornada para darle de vivir a sus cuatro críos. Su rostro tenía nuevos surcos, cavados más profundamente por el paso de los años y acelerados por su dependencia a la televisión y la tendencia a deprimirse con las telenovelas. Luego bajó el tono de la incriminación. Le dijo que se alegraba de verlo, negrito, yo que te vi nacer.

—Tu madre sí que está mal, la pobre.

Dieron el temido siguiente paso hasta la habitación contigua y ambos la vieron, a la vez, a merced de la luz mortecina. Estaba recostada en un viejo mueble guinda, mirando la colección de santería colocada sobre un aparador. Solamente movía los globos de los ojos. Cuando entró Cristo, los abrió hasta donde pudo, pero solamente eso pudo hacer. No podía mover las extremidades, la vecina se daba fuerzas para cuidarla: darle de comer dos veces al día y dos veces cargarla hasta el baño. Estaba sentada sobre una poltrona a medio corroer por las polillas que vivían allí desde la integración del barrio, apelmazada en sí misma como una masa compacta de carne y hueso de la que sobresalían unos ojos que aparentaban ser dos gusarapos inquietos y que eran el único signo para poder distinguir si todavía pertenecía a este lado de la Tierra. Cristo le miró el vientre hinchado por la conjunción de la edad, la mala comida y los ovarios deshinchados. De allí había salido. Por allí lo habían parido en forma de aceituna y en la más absoluta pobreza. Su padre fue un estibador del puerto, venido a menos cada vez que se reproducía, a la espera de que le saliera un futbolista. Un tipo que luego cayó en una refriega policial, con el dorso destrozado por un plomazo sin distinción.

Se arrodilló a los pies de su madre para pedirle el perdón necesario por la larga ausencia. El olor que ella emanaba lo condujo repentinamente a la infancia malcomida en ese paraje de la ciudad que los alcaldes consideraban una garrapata urbana. Recordó las largas noches de Año Nuevo en que se quemaban los muñecos con las figuras del presidente constitucional o el personaje de moda, y las ratas blancas explosivas que causaban trastornos a la ciudadanía. Se bailaba cerrando el tráfico de las cuadras del jirón Huascarán. La gente volaba con la pasta básica de cocaína, sin aterrizar hasta el amanecer siguiente. Recordó a su madre con el mazo limpio, andando con el aspaviento de sus caderas en la cacería de sus propios vástagos, para que no se le

extraviaran más de lo que habían nacido. Recordó la pelota sin forma, rodando por la pista a la espera de convertirlo en campeón. Y volvió en sí, viendo a la mujer, la garganta anudada por la pena:

—Nos encontraremos pronto, madrecita.

* * *

Harold de Padua —hijo de un exembajador— había cambiado mucho para hacerse encantador, poder asentarse en este país sin caer antipático y proseguir una serie de negocios de modelaje con los que siempre se aseguraba un espacio en las primeras planas de la prensa y un lugar bien definido en la farándula y los círculos *high life*. Estaba completamente acriollado a la vida y las costumbres del país, hasta el extremo de usar el famoso transporte público —las combis asesinas— en caso de urgencia, o de hacer compras de víveres en mercados populares. De su tierra, apenas mantenía el insustituible dejo porteño y el fanatismo por Peñarol de Montevideo, además de la debilidad por la carne a la parrilla y el mate.

Tenía demasiados vínculos forjados para abandonar estas fronteras, y hacia allí tenía apuntalado el destino: pretendía vivir bien, organizar eventos, darse la buena vida y alguna vez tentar una relación. Encontrar alguien con quien compartir la vejez, más que cualquier otra garantía. Había cortejado sin éxito a Marité por una buena época, mas ella tenía una vacuna contra los mujeriegos y el cáncer de útero. Por eso el mensaje de «llámame urgente», le sonó a sorpresa.

—¿A qué hora, Marité? —le respondió.

Como si se entendieran de memoria, ella le dijo en el Café Z, a las cuatro. Él hizo sus cálculos. Sí. ¿Por qué no? Marité, luego de la finada y ahora resucitada prima Gianina, siempre fue un buen bocado dentro del emporio Robinson. De los mejores, podría decirse, particularmente ahora que su nombre había saltado de un momento a otro a la palestra de la fama internacional por lo del aparato ese. Qué buen negocio. Bonita, buen cuerpo, profesional y con una reputación más enorme que la de un mandatario. Quién no quisiera.

No encontró una mujer dispuesta a embarrarse en su alcoba, sino un pájaro cabizbajo con las alas cortadas. ¿Qué habría pasado? Desde su atuendo lúgubre, absolutamente cualquier simetría al interior de ella era un cónclave de desolación. Las primeras tres tazas de café discurrieron en la monotonía de repetirse las preguntas por los conocidos en común. Era obvio, para Harold, que el asunto por el cual estaban compartiendo la mesa en ese instante no era de su incumbencia. Repasando sus lecciones de buen don Juan, se le ocurrió que no había un lugar mejor para quitarle esa represa de lágrimas que el Son de Cuba. La llevó casi a rastras por las pocas cuadras que separaban el café del local. Estaba dispuesto en tres niveles bien delimitados, con un regular número de bailarines de oficio comandados por un maestro cubano y una barra sobre la cual tocaba la orquesta. Entre el ritmo propio de la música y la brillantez del baile, las noches podían ser inacabables, y lo fueron por un gran lapso de su vida, hasta el día en que aterrizó por casualidad y no dejó el vicio hasta cuando se recibió de bailarín de timba con los honores de un exiliado en balsa proveniente de La Habana.

Al ingresar, se dieron de bruces con una morena que tenía la manía de ganarle en velocidad a su sombra por centésimas de segundo. Sobre la barra, cuatro mujeres competían entre ellas, cimbreando las caderas, para ver quién lo hacía mejor, dejando que su humor viajara en el aire y fuera captado por los depredadores disfrazados de hombres. Marité se despercudió del

espectáculo del movimiento vivo y contagioso e hizo memoria para rebuscar la última vez que había salido a una pista de baile. Se percató de que en esa loca carrera contra la vida, buscándole la sinrazón a los espacios que le regalaba el reloj asesino, fatuo y ahora desolador, había dejado la juventud perdida tras un monitor. La vida por una imagen. Y esas cinturas devorando la atmósfera, los pies resbalando por el piso, los hombros desclavijados, las figuras de coreografía.

Imaginó lo perdido que estaría Teófilo en ese laberinto de música, descollado por el régimen de las notas entreveradas, superpuestas al humo flotante de los cigarrillos. O haciendo esas preguntas sacadas de una enciclopedia infantil, que por qué se llora por los ojos y no por la piel, que si el mar no se sale en las noches o —y en esa interrogante coincidían— hacia dónde diablos iban los perros apurados que deambulaban por la calle. Qué cita tenían o quién los esperaba, o es que simplemente se les hacía tarde para el almuerzo de huesos sobrantes. ¿Los has visto caminando, casi corriendo? Nada los detiene, simplemente avanzan. Se levantan de pronto e inician una marcha con los ojos y la nariz fijos en una dirección o rastreando el piso, siguiendo una huella invisible que solo ellos perciben. ¿Tendrán un reloj interior, un cachivache biológico que se activa porque sí? Tejían argumentos sórdidos y desesperados para explicar a los perros apurados, con la vista fija y la nariz afilada en lo alto.

—¿Piensas en él? —le preguntó Harold.

Ella afirmó con la cabeza, tan ligeramente que él no lo percibió de una manera tajante. Harold no guardaba un recuerdo claro de Teófilo. En la época de los Robinson, cuando frecuentaba a Gianina, podría haber sido uno de los vástagos anónimos de los prolíficos empleados de la mansión; de él solo tenía un vago recuerdo de la tarde en que trataron de pegarle sin motivo. Tomó la mano de Marité, la aprisionó contra su pecho y le dijo:

—No te pediré que bailemos.

En el recorrido de los años, en la práctica de ejercer su condición de conquistador irredimible, aprendió que nada era peor que tratar de desvirtuar el amor de una verdadera enamorada. Tenía el efecto similar a estrellar sus intenciones contra una muralla de acero. Por más que el rival fuera menospreciable, feo o pobre, siempre tenía una virtud relevante, un arpón oculto que la experiencia enseñaba a calibrar. Así que sabía que no podía pretender más de lo que le estaba permitido. Quizás para más adelante. Estaba por dejarla en silencio, cuando ella le hizo una revelación:

—Estoy muerta de celos.

Conforme fueron sonando las siguientes piezas y los bailarines fueron asaltando la pista con el mismo fragor que en las primeras, ella fue revelándole algunos detalles, que eran una repetición de aquellos que ya conocía y que tenían una sola y amplia diferencia:

—Estoy muerta de los celos de Gianina, mi prima, la finada.

Harold se atragantó con el pisco. Las parejas continuaron con sus piruetas, sus intercambios de brazos, su vieja tertulia con el compás, sus miradas cómplices, como si en las afueras nada hubiera cambiado después del Fantasmocopio.

* * *

Había recorrido ese camino muchísimas veces, a pie, en su diario trajinar de ropavejero. Ahora lo hacía desde la ventana de un automóvil bastante más veloz que el triciclo destartado en el que iba calle por calle escrutando la basura de una ciudad. Se volvió tan ducho en ese oficio que,

sacando cuentas, descubrió que los mejores secretos de la gente estaban depositados en los basurales, solamente era cuestión de descifrarlos. Allí estaba lo que nadie se atrevía a decir en público. Las enfermedades, los vicios, los malos recuerdos, los gustos, las inclinaciones; era la basura el mejor método para revelar aquellos aspectos fuera de la escena diaria, esos dramas particulares que se tejían y destejían entre cuatro paredes.

A lo largo de la autopista, la imagen del magnate lo alcanzó. Guardó las palabras que le dijo, una por una, para estudiar esa enésima oferta con detenimiento. En pocos meses, la sociedad en cada rincón del planeta estaba patas arriba, y en eso él tenía una participación directa. Hizo memoria. Desde el primer día en que anduvo sin rumbo fijo hasta los días demenciales que pasó al lado de ese individuo incondicional. Las largas noches en que hacía apuntes y deshacía circuitos, sus raras inspiraciones, el platónico amor de Teófilo postrado en la muerte, aferrado inexplicablemente a la vida, y la terca convicción de que marchaba en el rumbo correcto. No sabía cuál era su relación con él. Si la de un hermano, un empleado, un esclavo, un mantenido, un correligionario o el súbdito de un apóstol solitario sin religión. No podía precisarlo, jamás lo hablaron, pues tenía claro internamente que existían relaciones en la vida de las que no se podía hablar; estaban escritas en un reglamento de química pura.

Fue él y no Teófilo quien se dio cuenta de que el invento iba tomando forma, su compañero solamente se percataba de los asuntos de fondo y funcionamiento. Él, de que el armatoste tomaba forma. Un día se alarmó: caray, parece que estuvieras haciendo una nave espacial. Y ese era el aspecto del Fantasmocopio. Con dos asientos de fierro forrados de marroquí, los cables dispersos, los controladores multicolores, las pantallitas de ojos vivientes, las luces que prendían de un lado y se apagaban en otro; el aparato primigenio era un monstruo inimaginable, nada comparable con los modernos fantasmocopios personales de la actualidad. Teófilo se refería a él como si se tratara de un engendro de la familia.

A Cristo Moreno nunca se le dio por abrir la caja negra que contenía el secreto del funcionamiento, ni por curiosidad. Una vez se lo preguntó, porque era lo único con lo que Teófilo era celoso, y este puso los pómulos tan rojos que su amigo decidió olvidar la cuestión. Después de todo, eso le facilitaba las cosas, la repuesta era una dosis de ácido sulfúrico en la punta de la lengua. No lo sabía y no quería saberlo nunca. Porque ahora, a diferencia de ayer y de siempre, conocía el otro lado de la vida y sabía que nada peor existía a partir de la fecha que arrastrar con el peso de la conciencia por la eternidad. El cielo y el infierno eran una alegoría remota que explicaba el horror ardiente de las malas acciones y el paraíso límpido de las buenas.

Desde que el aparato entró en funcionamiento, había visto esos casos de personas que perseguían a sus parientes de este lado de la Tierra, viendo a los suyos derrumbarse como tabletas de dominó o calculando el mal resultado de sus infamias. Las triquiñuelas para aquellos que las forjaron en provecho de sus debilidades terrenales se les convirtieron a los vivos en la úlcera eterna. Esa era la respuesta a sus inquietudes. A esa hora, el ocaso del sol herido hacía cortocircuito con las rasantes aguas del mar verde.

Se bajó del automóvil y enrumbó la vista hacia el promontorio inmóvil en cuya pendiente estaba el catafalco de un héroe desconocido. Caminó hacia las escalinatas, lívido, como si cada paso fuera una compleja tertulia entre sus huesos.

Es difícil sostener la ideología de una revolución sin plata.

Tres

Si no hubiera sido porque tres días después lo vio por la pantalla del Fantasmocopio junto a Gianina Robinson, Teófilo no se habría percatado jamás de la ausencia de su compañero. No por la falta de una fraternidad adquirida a lo largo de los años que permanecieron juntos, sino porque la practicidad de su régimen le hacía pensar que estaba haciendo algo en algún lugar. En la época en que se construía el artefacto, solía desaparecer jornadas enteras mientras recababa piezas o reunía fusibles en los rincones de la metrópoli. Por eso no era un asunto extraño que se ausentara sin dar buenas razones de su paradero. De igual modo, no tenía una idea clara de la ubicación de los demás. De su madre sabía que estaba presente en un punto de la casa porque aparecía en horas precisas a servirle el plato con quinua atamalada y arroz con guiso y dos panes y café. De Rafael de La Flor se percataba que llegaba en horarios sagrados y, en orden cronológico, comenzaba a escarbar la historia para rellenar los vacíos, siempre con la fe de que la vida en este lado le alcanzara para hablar con Francisco Pizarro y comprobar qué lo había llevado a enredarse, viejo y revestido de heridas de guerra, con Inés Huaylas.

De Marité tampoco sabía. Después de aquel ataque de besos y de su inmediato rechazo, no retornó por allí. Gradualmente, Harold de Padua fue absorbiéndola. Comenzaron a frecuentar con más regularidad el Son de Cuba y se refugiaron en la canchánchara para luego hastiarse de besos. Bailaban con el oficio de dos expertos. Para Harold era una cuestión de poco tiempo arrastrarla a su cama, hasta que una buena noche, de las varias en que el rito los llevaba a embriagarse en la barra al compás de la timba, ella escuchó esta letra de boca del cantante:

*No pretendo hacer un cuento,
ni decir que me atormento...
solo quiero que comprendas...*

Fue como si la hubieran despertado de un golpe en el rostro. Tomó su cartera, se fue sin despedirse y enrumbó por la avenida que dirigía directamente al desierto, en cuyo seno se acomodaban las casas, y siguió las líneas de la noche mientras pensaba en él. Otra vez el vacío, antes inhibido por el baile y el ron, reapareció en su estómago. Evaporada de su sangre, de regreso a su realidad, se olvidó del despecho y creyó que si era necesario disputarse al amor de su vida con su prima, ¿viva?, ¿muerta?, ¿semiviva?, tendría que hacerlo. Conforme avanzaba sobre el asfalto, sentía el corazón inquieto, rebotando contra sus cavidades en la búsqueda de un alivio al ardor interno, y entró a trompicadas a la casa, sin respetar la cola ni a los policías del

resguardo diario. Encontró a Teófilo derrotado por el llanto, sobre el Fantasmocopio. Cuando vio la imagen de Cristo Moreno, inmóvil en la pantalla, no tuvo que preguntar más.

Lo había querido tanto que nunca encontró una buena frase para admitirlo. Estaba acostumbrado a su olor marchito, a su interpretación de las cosas. Era, además, el único nexo que tenía con el mundo real. A través de él se percataba de que la ciudad crecía, de la eterna crisis económica, de los problemas con que los niños eran paridos y de que el planeta se acababa: «La Tierra se pudre —le decía—. Debemos ir comprando un bote, porque un día se nos viene el diluvio». Hubo dos momentos en la existencia de Teófilo Bernabé en que tuvo los pies bien puestos sobre la realidad: cuando se enamoró perdidamente de Gianina Robinson y cuando apareció Cristo Moreno. Varios años después, se descubrió que Teófilo era autista de nacimiento y que era a través de estas compañías que se le lograba sacar del mundo interno en el que convivía con sus quimeras electrónicas.

En la pantalla, a Cristo Moreno se le veía con las nuevas cualidades propias de las personas que cambiaban de condición. Sin cabello y con el cuerpo espiritual, ni gordo ni flaco, y con el color gris de los del otro lado. Conservaba el principio de autoridad en el lugar que antes ocupaban los ojos ígneos y la voz se mantenía con los altibajos de cuando estaba entre los vivos. Trataba de consolar a su amigo. Le dijo que el paso de lanzarse del acantilado fue necesario, pues su misión en la Tierra ya estaba cumplida.

—Pero ya es hora, Teófilo —terminó conminándolo.

Fue entonces que apareció su madre oculta entre los recovecos de la casa, Rafael de la Flor que no terminaba de escuchar el relato descarnado de Lady Di y la propia Gianina que, a un lado de Cristo Moreno, repitió:

—Ya es hora, Teófilo. El mundo no espera otra cosa que saber para qué fue hecho.

Allí recién se percató de la fila. Aunque sabía que mucha gente extraña entraba por cinco minutos a la casa todos los días, sin parar ni los domingos, no tenía la menor idea del mundillo gestado en torno a la existencia de su invento. Subió al techo y vio al gentío menesteroso que dormía en la calle en pacífico orden. Luego bajó y salió. Observó a los dos primeros hombres con la barba fuera de control —tenían casi quince días de espera— y les preguntó:

—¿Será necesario?

Ellos, que no sabían a qué se refería, se limitaron a contestarle.

—Si Dios quiere.

Y siguió caminando, persiguiendo el origen de la fila que, por esos días, había terminado el Serpentín y sobrepasaba el primer valle después del desierto: Huaral. Cada cierto tramo hacía la misma pregunta, al azar. Para esa hora, la interrogante había viajado tan rápido que hasta los suecos, finlandeses, birmanos, noruegos, rusos, polacos, eslovacos, australianos, siberianos, palestinos o indios que estaban apostados a la espera de su turno tenían ensayada, en perfecto castellano, la respuesta:

—Si Dios quiere.

Un séquito de medios lo seguía, atento a sus movimientos, sin imaginar de qué se trataba. Le hacían tomas desde arriba, desde abajo, en *zoom in* y *zoom out*, en primer plano, y lo fotografiaban con flash, sin flash, con digital y película tradicional, estirando los micrófonos para escucharle decir lo que fuera. Hasta que lo alcanzó la noche, con su oscuridad de serpentinadas y murciélagos y pájaros desfasados, dio media vuelta, atravesando la feria de vendedores que procreó sin quererlo, y enrumbo nuevamente a casa en el sentido inverso, sin mirar a nadie y sin percatarse de que el tráfico estaba pendiente de él.

Tal como sabía Cristo Moreno, por algunos momentos Teófilo terminaba su prolongada ausencia interior y recobraba la lucidez. Este era uno de esos episodios. A cada paso dado, recordaba un capítulo de su extraña existencia en esa cábala a la que antes llamábamos *vida*. Y en cada uno le volvían a la piel las sensaciones absorbidas por la mente: los golpes lacerantes de su madre, las náuseas del largo viaje emprendido con su tío Clemente, el nudo en la garganta oprimido por el amor a Gianina Robinson, el frío de la soledad mientras se destripaba la cabeza tratando de inventar la manera de volver a ver a su amada, la calidez de la presencia del moreno que apareció de la nada y, sobre todas las cosas, la descarga eléctrica que le entró por los labios, le hizo trastabillar el corazón, le conjeturó los pulmones, le hipotecó los riñones y le vulneró la conciencia. El beso de Marité. No lo esperaba, porque sabía que cada cosa tenía su lugar.

Si las reglas dicen que no se debe mezclar el amor con los negocios o el deber con el placer, implícitamente Teófilo creía que la prima Marité, a cinco centímetros de él, era simplemente la prima y, si estaba allí, era por un pedido expreso de aquella alma que más había amado y amaría. El beso traspasó esa frontera. Primero, porque nunca había besado a nadie o, a la inversa, nadie lo había besado a él. Empezando por el remesón, luego por el cargo de conciencia y por esa sensación que no podía desprenderse de adentro. No era ni hiel, ni amargura, ni miel, sino una llaga suave, un cáncer benigno que le daba sabor a las comidas. La noche siguiente al beso se levantó transpirando, pensando que había soñado algo que no recordaba. No era eso, sino la llaga que le pedía la repetición del beso. No se atrevería. Como Marité no regresó, supuso que el asunto estaba clausurado. Y con lo que le dijo Gianina Robinson, peor:

—Tú también tienes derecho, Teófilo Bernabé, es la ley de la vida, y también es una ley en la muerte.

Le dio una rabieta. Le juró que él no sabía ni cómo había pasado, ni que fue a pedido, y que su único amor era ella. Que por ella se había embarcado en el proyecto de crear el sistema y allí invirtió su vida. Que cómo se le ocurría pensar eso. Que cómo le cabía en la mente esa maldad. Si le tenía prometido que el día que le tocara transitar al otro lado, no pasaría ni un segundo antes de estar a su lado en el nivel al que pertenecían. Gianina hizo un mutis forzado y él clausuró el tema sin opción a apelaciones. Horas después y con similar parsimonia, llegó a casa. Estaba transpirando frío, se había contagiado de la necesidad de las personas que padecían el invierno traidor de la capital —ese que no es frío, pero que golpea y golpea despacio hasta convertir a los humanos en una neumonía andante—, a la espera de cinco minutos para ver a sus seres queridos, uno aunque fuera.

* * *

Ni ofendido ni desilusionado, Harold de Padua hacía migas consigo para saber en qué había fallado. Tenía la respuesta, obviamente. En sus gajes de amante, sabía que del amor uno no podía burlarse, ni salir bien librado de la pasión. Comprendía la reacción de Marité. ¿Teófilo Bernabé tenía calidad para considerarse rival de él, bien hablado, elegante y apuesto? Sí. Con los años, los atributos cambian ante los ojos de cualquier mujer. Recordó la tarde del velorio de Gianina. Fue un día extraño, porque aparte de la muerte traumática de un amigo del Humboldt en un accidente de piques, no era un suceso común que las personas de su entorno murieran de enfermedades terminales, y menos a esa edad. Además, la noche anterior había estado emborrachándose furtivamente con tequila, el cuerpo le parecía un pesado lastre que tenía que llevar

obligatoriamente, como un castigo. No fue él quien se percató de que Teófilo le musitaba algo al féretro. Uno de los primos hermanos le avisó: «Mira, Harold, ese empleado está que intoxica a mi prima muerta. Hay que enseñarle quiénes somos y partirle los huesos por igualado». Lo fueron a buscar, lo encontraron en las proximidades. No se imaginaba ni en lo más péfido de su estructura mental que lo encontraría al cabo de tantos años, disfrutando de aquello por lo que él había bregado tanto: la fama, el reconocimiento y una buena mujer con quien compartir la cama.

La música continuó merodeando de abajo hacia arriba en un compás correctamente desenfrenado. Conforme el líquido iba avanzando en la sangre y se mezclaba con la repentina soledad del abandono, con la timba caribeña que viajaba por el ambiente, con el humo del tabaco que subía en orden por las escaleras, le vino la sensación del desprecio, amortiguada por la razón. ¿Y quién carajo era María Estela Amat para dejarlo plantado, abandonado, con los crespos hechos en medio del delirio del son? ¿Qué podría tener de especial esa tipa para abrirle una pequeña herida, sangrante, en el orgullo de pelo en pecho?

Aunque había nacido con el pan bajo el brazo, María Estela Amat tenía reservado un destino más conspicuo que el de sus prominentes antecesores. Pese a que hasta la adolescencia no era más que una renacuajo agraciada de ojos claros cuyo andar era un jaleo de gritos y chillidos. No parecía tener el porte de sus primas hermanas, ni la vocación de reina de belleza, pero sí había llegado a la vida con convicciones fuertes, como las de lactar hasta los tres años y negarse con berrinches insoportables a tomar otra leche que no fuera la del pecho de su madre. Vivía en un círculo cerrado y perfecto, donde las Miss Mundo, Miss Playa, Miss Primavera o Miss Hawaian Tropic eran asunto común y corriente, y las peores vacaciones eran en Miami y las relaciones se daban con el hijo de este y el hermano de aquel y «pobres» era una palabra escondida en el diccionario. Por eso, cuando su prima Gianina Robinson la llevó de la mano por aquel submundo de los empleados de la mansión y se dio de bruces con el pequeño hombrecito con tamañas virtudes para darle vida a lo inanimado y tutearse con las máquinas a pilas y circuito, en vez de sorprenderse por sus habilidades, lo comparó con los canillitas de las loterías y los malabaristas de los semáforos y regresó a la básica fórmula que le habían enseñado en el jardín de la infancia:

—¿Con cuántos niños estudias, Marité?

—Con seis normales y un chinito —respondía.

A pesar de su temprana edad, la desaparición de Gianina la afectó. Dejó de ser un títere vocinglero, se refugió en la biblioteca de su casa, desapollilló los libros que tres generaciones íntegras habían amontonado en cajas para dar paso a la supuesta modernidad de las computadoras, los módems y los beneficios celestiales del satélite y se dio un festín de letras que empezó en Gengis Khan y concluyó en Mandela. Salió de su tragedia convertida en una erudita, pero, sobre todo, en una infantil revolucionaria con una maraña de sueños inconclusos que iría persiguiéndola durante la adolescencia y volvería añicos los intentos del amor. Por eso creía que el magnate era un sabio milenarista encerrado en un terno de tacaño:

—Curioso invento de la evolución. El amor es una argucia para la preservación de la raza humana.

Fue con ese ímpetu con el que ingresó, una buena mañana, a las pantallas de la televisión. Estaba llena de valor, en igual proporción que destilaba inexperiencia, pero tenía una serie de convicciones de leche materna que la hacían volverse indispensable en el lugar en que estaba, y tenía un adicional: su cuerpo de anguila se había torneado y esculpido al paso de su juventud, sin mover su voluntad un ápice en esa locura de gimnasios y gimnastas y entrenadores personales y los productos *light* y las anoréxicas dietas de las modelos en forma de esquirla que enfermaban

las pasarelas. Su figura fue adquiriendo esas proporciones que hacen babear a los hombres, o exaltar la argucia psíquica del libido y, sumada a su voluntad férrea, entró a la televisora a trompicones, se rozó con el magnate, con el barbudo director de noticias en *affaire* eterno con cualquier objeto de cabellos largos que se moviera a trescientos sesenta grados de su eje egocéntrico, y se convirtió en una veleta que cazaba información de primera fuente. En la férrea ambición por convertirse en protagonista de los pasillos y las luces de la pantalla, asesinó al amor.

Así, se dejó secuestrar por el cronómetro de competencia atlética. Hasta los besos los tenía programados, repartía cuotas de cariño de acuerdo con las afinidades, soñaba exactamente lo que necesitaba soñar para no desequilibrar la psiquis, y el estómago recibía el gramaje suficiente de acuerdo con los requerimientos de su sangre. Una autómatas con sentimientos programados. Hasta el día en que vio a través de la neblina matinal a Cristo Moreno y volteó con una mano en el micrófono y la otra en el corazón el destino de la humanidad. Era un paquete demasiado grande para llevarlo a cuestas, pero, al fin y al cabo, ¿no era ese el destino que perseguía? ¿No era por eso que había renunciado a convertirse en una mujer común y corriente? ¿No era el precio de la fama, de aspirar a ser una figura pública, un hito de la sociedad? El grave problema que vino con el invento fue que se enamoró perdidamente del inventor.

Aunque ese cálculo estaba previsto en las ideas de Harold de Padua, cierta hebra de orgullo le carcomía la garganta. Pese a todo, no podía ser posible que tamaño cholo pudiera ser rival para él. Y eso que había visto peores y más desfachatados casos entre las glamorosas figuras del arte o almas de buena posición que terminaron incubando relaciones incomprensibles, fuera de los parámetros convencionales de la belleza. Percibía que Teófilo no compartía el sentimiento, eso terminaba por despistarlo. ¿No sería homosexual? ¿Encima con esas, Marité? En su época de renacuajo, apenas la veía como una muñequita que se manejaba con hilos invisibles, no presagiaba las tretas que el destino le depararía. Él volaba alto, necesitaba crecer, desarrollarse, establecer buenas relaciones que le permitieran mantener el estatus con el que lo había dejado sembrado en la sociedad su padre, un antiguo embajador sudamericano.

* * *

La risa no le cabía en el estómago. Mientras se iba a la conferencia de prensa en donde revelaría finalmente cuál era el secreto del funcionamiento del Fantasmocopio, tomaba el volante con la mayor fuerza posible para no salir volando por el parabrisas con el ataque de risa. Qué tal imbecilidad o pureza de alma o pudor de Teófilo para mantener en ascuas a la humanidad. Lo simple o compleja que podía resultar la mente a la hora de asimilar o exponer sus valores y la extraña manera de Teófilo de resolver sus conflictos particulares. Con eso, la eterna admiración que seguiría sintiendo por él alcanzó los picos más altos de efervescencia dentro de su corazón, que latía segundo a segundo por aquel sendero donde no estaba muy bien posicionada. La terquedad de Teófilo era una piedra descollante, no daba un milímetro o un resquicio por donde filtrar el aura de un sentimiento.

En pleno viaje, sonó el teléfono. El magnate, del otro lado de la línea, hizo un último intento por apoderarse del secreto. La hubiera interceptado en el camino, pero ella lanzó el anuncio público de que revelaría la información que le había hecho saber el propio Teófilo recién en la sala de prensa de un hotel de Miraflores. Varios vehículos la seguían de cerca, con los claxon

haciendo llamados al público. Ella no se percataba, porque estaba abstraída en la pista y en su histérica carcajada. Tampoco escuchaba las propuestas millonarias del magnate, que subía sus pretensiones conforme recorría el trayecto. A la hora de entrar a la avenida Pardo, apretó instintivamente el botón de apagado del teléfono móvil y no volvió a escuchar su voz.

Ni la de él, ni la de las cientos de personas aglomeradas en torno al hotel. La vista del mar voluminoso y verde, sin olas, parecía la frontera de las primeras luces del alumbrado nocturno. El sol todavía estaba allí, en el último rincón que se podía apreciar del cielo, escondido detrás de la neblina crónica de los inviernos impuntuales. Marité no se percató de eso, ni de la gente que apretaba y causaba sopor con su aliento. Ya nada podía sorprenderla. Desde que dio la noticia por primera vez, el mundo cambió tanto que los hombres y las mujeres se volvieron un revoltijo. Numerosas asonadas y revoluciones se fueron sucediendo, una tras otra, en vista de que, al saber qué cosa había del otro lado de la muerte, la vida tomó un contrasentido inmanejable. El nuevo boato de los artistas, la inestabilidad de la moneda o los trastornos religiosos y de la guerra provocaron, a la vez, un nuevo cúmulo de circunstancias que el ser humano no estaba en capacidad de soportar. Parecía que Dios hubiera sabido siempre que el hombre era incapaz de comprender la idea de la eternidad o, por lo menos, de administrarla. O que era tan estúpido que tuvo que regalarle la sensación de la muerte para que no se atreviera a tratar de reemplazarlo.

Hizo su aparición en el inmenso salón, bajo una nube de luces fotográficas. Como en tantas otras ocasiones, se plantó frente a un pulpo de micrófonos desde los cuales su voz sería transmitida hasta los confines de las comarcas donde el tiempo había nacido sin horarios. Antes de que le lanzaran la pregunta de rigor, ella se adelantó al auditorio:

—Señoras y señores, he venido de parte del inventor Teófilo Bernabé para revelarles que el Fantasmocopio funciona con mierda.

Volvió a sonreír, se desconectó del estupor general. La escena en el cubil de Villa el Salvador retomó vitalidad en su retina y con eso se encaramó a su recuerdo: Teófilo dijo que sentía mucha vergüenza de hacer lo que tenía que hacer, caminó en dirección al invento, desactivó los controles, giró una palanca y extrajo la caja negra. Un raro humor cobró fuerza en la habitación.

—Discúlpenme —dijo.

Entonces, tomando una pose provista de un formalismo inusual para sus maneras corrientes, se desabrochó el pantalón, se lo bajó lentamente junto al calzoncillo hasta la altura de las rodillas y, tomando la caja negra, se sentó sobre ella como si fuera una bacinica. Comenzó a forzar su estómago, a dejar que se diluyeran los esfínteres:

—Esto es lo que le echo para que funcione. Sustancia orgánica.

Así que no era un asunto de egoísmo, sino de pudor. Teófilo Bernabé no le había revelado el secreto ni a su mejor amigo solamente por la turbación que le podía producir dar esas explicaciones subidas de tono, según su entendimiento. «Caca es mala palabra, pues», dijo. Le causaba gracia a Marité esa tonta forma de haber hecho padecer al planeta. Si era cuestión de decirlo, pronunciar dos o tres sílabas y punto. Pero los genios estaban constituidos por esa rara estirpe de zafarranchos y vicios ecuménicos, de locura, extremos e irrespeto a las reglas de juego. No le quedaba espacio en los pulmones sino para matarse de la risa, sin prisa, ya sabía de sobra que tenía el otro lado para pudrirse a carcajadas. Ni bien respondió a la gran interrogante —cuya respuesta dejó boquiabiertos hasta a los más entendidos—, el mundo se puso a trabajar sobre sus ruedas, lanzándose a competir sobre una maquinaria nunca antes vista. No pasó demasiado tiempo para que se desatara la primera gran guerra.

Fue llamada La Guerra de la Mierda y no se originó inmediatamente, sino que resultó del

producto de una serie de coyunturas impensadas que desataron una reacción en cadena y reacomodaron el mapa de poder en la Tierra. Un químico alemán, Friedrich Hohenzollern, consiguió sintetizar los deshechos en una sola pastilla, con lo cual se dio un paso importante en el desarrollo del Fantasmocopio masificado. No era una tarea sencilla, puesto que la cápsula tenía que permitir que no se perdieran las cualidades del excremento original y, además, buscar eliminar el olor hediondo propio de los deshechos. La desventaja era que se necesitaban grandes cantidades de materia para la síntesis: casi media tonelada métrica para dos pastillas. Nadie imaginaba por esos días que aquel sería el detonante de un nuevo holocausto.

Dos periodistas, que andaban de paso por Somalia para cubrir el enésimo golpe de Estado a pura bala, se toparon de casualidad con una extraña construcción: cuartos como cárceles, con un comedero y, al lado, un sanitario. En el comedero había comida y agua a todas horas, de tal modo que la persona depositada adentro se dedicaba a comer y comer, sin moverse demasiado, y luego a deponer y deponer. Después, grandes camiones venían a recoger los desechos, que se trasladaban a una fábrica donde se hacía la síntesis. Se habían concebido, pues, los criaderos de hombres, ese vil subterfugio con el cual nuevamente se dio forma a otra manera de explotación. Mucha gente para quien el alimento era un bien escaso recurrió a esta nueva forma de esclavitud, con tal de apaciguar el crujido de sus panzas vacías. Si bien es cierto que se encerraban por periodos de cuatro meses de manera voluntaria, con tal de comer, muy pronto se formaba en ellos un vicio: enormes y deformes barrigas que engullían y deponían en esos huecos sin fortuna ni aseo donde todos los días eran iguales. Más que una cárcel, era un maleficio. Guardianes con charreteras de plomo controlaban que los *comelones* no hicieran ningún tipo de ejercicio corporal, y el sexo y la masturbación tenían severos castigos físicos y psicológicos; la eliminación de calorías debía ser mínima en la medida de lo posible. Los cubículos de dos por dos adquirieron un aroma contaminante que apestaba el aire.

Los periodistas, anonadados por el descubrimiento, lanzaron la primicia demasiado tarde. La mafia de los comelones estaba enquistada en varios países a la misma vez, como una delirante leyenda de esclavos. Escondidos en parajes de la selva, en sierras poco habitadas, en refugios subterráneos, a nadie se le ocurrió arrancar de raíz semejante engendro. Cuando un inmenso y poderoso país le dio un ultimátum a otro más pequeño e insignificante para que ejerciera control sobre la actividad ilícita de los comelones, el gobernante de este lanzó, a través de su cancillería, una respuesta nada diplomática:

—Sepa usted, señor presidente, que a nuestros pobres los exprimimos nosotros mismos.

De nada valieron los primeros ataques de aviación y las bombas de racimo con gente predispuesta a morir. Se había creado una nueva forma de mercenarios que se alistaban en fuerzas distintas a las de su país de origen con tal de asegurar el bienestar de sus hijos o de resolver mejoras económicas. El mundo estaba, como se dice, al fondo a la derecha. Aún transcurrirían años antes de que se comenzara a legislar sobre este y otros temas relacionados con el «cambio de condición» (dejó de llamarse *muerte*). Grandes debates se sucedieron, a fin de legislar sobre *el más acá* con miras a regular *el más allá*. Surgieron las corrientes que ahora conocemos al dedillo, supimos qué era lo que Dios quería de nosotros y por fin nos enteramos qué era lo que queríamos de Dios. Los asuntos de los médicos y los abogados variaron tanto que las constituciones se volvieron papel nulo y la medicina volvió a sus orígenes de brujo regional y sin anestesia.

Todo esto sucedió desde que Marité salió del salón de conferencias. Casi de inmediato, el mundo echó a andar su pesada maquinaria con un ímpetu feroz. Tanto, que se olvidaron pronto de los genios y los inventores. El cuerpo inflado de Cristo Moreno fue varado por el mar a los pocos

días y recibió un trato tan poco feliz que, si no fuera por una gestión personal de Marité, no se le daba sepultura en un cementerio, sino que lo llevaban a la fosa común.

La tarde de su propia despedida, Cristo Moreno vio al fraile que se lanzaba con su antorcha desde el acantilado de La Herradura. Era una antigua tradición del sitio. El mar soñoliento hacía figuras con el oleaje. El fraile hacía un par de venias a los visitantes, prendía las antorchas, tomaba la posición de clavado y se impulsaba. Su cuerpo, atraído por la gravedad, se arqueaba en el aire y pronto se estrellaba en el agua. Cristo Moreno escogió esa forma para partir de este lado de la Tierra.

Cuando oscureció por completo, se acercó al lugar, abandonado por los visitantes que cada tarde venían a ver al fraile volador, y ocupó su sitio en la piedra saliente del barranco. Hasta allí se respiraba el tufo del océano agresivo. Tomó viada, contuvo el aire y se dejó caer. Pronto se sintió en la centrífuga fría; el líquido lo envolvió con su garra, comenzó a penetrar por su boca, por las fosas nasales, y le bloqueó los poros. No lo sentía. Esperaba simplemente su propio desenlace y el minuto próximo para estar del otro lado de la existencia. En ese corto periplo de dejarse arrastrar por la corriente, le pasó por la mente cada uno de sus momentos: el padecimiento diario, la sed y el cansancio, la soledad de sus noches, sus traumas personales y el albur feliz de su encuentro con su amigo Teófilo Bernabé. Llegó a quererlo tanto, que prefirió la consumación de su propio cuerpo antes que llevar la pesada cruz de una traición eterna a cambio de nada. Porque, para él, estos y aquellos ofrecimientos serían siempre y simplemente la nada.

Cuatro

Cuando reaccionó, habían pasado seis años desde la nublada mañana en que el mundo viró al fondo a la derecha. En el periplo de manejar las acciones de la Corporación Fantas, no se dio cuenta de que el tiempo había transcurrido, excepto porque las huellas de la soledad y el tiempo abigarrado le pasaban una factura en cómodas cuotas anuales frente al espejo. Su moderna oficina, ubicada en una de las torres desde las cuales se dominaba la capital, tenía un ventanal impoluto. Se apreciaban las calles diminutas, los seres humanos simulando ser corpúsculos con rumbos delineados. Los templos sin cruces, los estadios a oscuras, las pistas abarrotadas de gente de albedrío antojadizo, como si se pudiera controlar sus movimientos desde las alturas.

Había terminado de leer el estudio de un antiguo médico que explicaba que el débil ser humano había terminado por inventar el machismo para poder reproducirse, ante la ausencia de algún olor o signo de las hembras humanas que identificara los momentos precisos para procrear. Esa ausencia situaba en desventaja a los especímenes femeninos frente a casi todas las especies del reino animal. Además, explicaba el fuerte impulso sexual del hombre, capaz de dejar su semilla sembrada en cuanto útero pudiera estar a su alcance. Se rindió ante la sola explicación de que el libro pudiera tener una pizca de razón. Después de todo, ya no quedaban muchas cosas que no se pudieran resolver, excepto una y la más importante: dónde estaba Teófilo Bernabé.

Después de la Revelación del Hotel (así se llamó para siempre aquella atropellada conferencia en donde dio a conocer el secreto del Fantasmocopio), el mundo trepidante se lanzó a la caza de la muerte, y ni la muerte ni la vida pudieron ser de nuevo lo que habían sido. No solamente por el asunto de la religión desmitificada o por los líos políticos que generaba la legislación de la muerte, o por los nuevos negocios que suplantaron al comercio arraigado a través de la oferta y la demanda, sino porque las nuevas generaciones nacieron sin ese miedo congénito a lo desconocido. Desde entonces, un nuevo patrón de existencia surgiría en la humanidad. Mientras unos se autoexiliaban con costumbres ridículamente medidas para evitar cargos de conciencia, otros adoptaban conductas extremas y estrambóticas, sin temor, sin dar razón a nadie por sus comportamientos y cuidándose de no dejar descendencia para evitar arrastrar el peso de sus conciencias al otro lado. El mundo se polarizó en una relación ambivalente que contenía nuevos códigos, implícitos o explícitos, explicables por los nuevos científicos e ideólogos de la era.

La Guerra de la Mierda llegó justo en ese vaivén desmedido. Estábamos en plena masificación de los fantasmocopios. Nuevos mercenarios se ponían a favor o en contra de Estados soberanos a cambio de prendas u objetos del nuevo valor que alcanzaron el color o la música. Porque no había

una cosa detrás de la pared que producía el cambio de condición que se extrañara más que la música. Cuando Cristo Moreno le preguntó a Gianina Robinson qué cosa bailaban en su lugar, ella respondió que la música simplemente no existía. Era lo que más le apenaba de no estar parada sobre la Tierra. Contaba que solía pasear por los ensayos de la Sinfónica Nacional con la esperanza de escuchar la *Obertura trágica* en re mayor por Brahms, sin éxito. A lo mucho, podía apreciar a los cantantes en pleno concierto, pero *a capella*. La frecuencia de la música se perdía, alcanzaba apenas para tocar el oído terrestre. Hasta hoy, los más eminentes científicos no han podido llevar música a la otra edad.

Al igual que las antiguas cabinas públicas de Internet, se abrieron centros masivos para la concurrencia de «fantasmonautas» y se fundaron ciencias nuevas y carreras y maestrías en las universidades privadas y públicas, y la teología tuvo que emprender rumbos nuevos y más reales. De pronto, sin que nadie lo pidiera o sin ponerse de acuerdo, la enorme cola que por cientos de días se amasó en torno al hogar de Teófilo Bernabé desapareció como por encanto. Las personas recogieron sus trastos o sus bolsas de dormir con las que padecían el cemento bajo sus espaldas con tal de hablar cinco minutos con los suyos, y volvieron por donde llegaron. La feria que había crecido a su lado tuvo similar trámite. Poco a poco, desaparecieron los vendedores de baratijas y comida al paso, los charlatanes que adivinaban lo que diría el familiar y que vendían remedios para los parásitos, los que apostaban al paso para matar el rato y los que traían los diarios con las noticias calientes y falsas biografías de Teófilo, Cristo Moreno, Marité y los demás inmiscuidos en los bochinches que surgieron a partir del día en que la historia del mundo se desvió al fondo a la derecha.

Con la producción en serie de fantasmocopios —luego de que se llegara a la síntesis de la pastilla que reducía su volumen—, el armatoste de Teófilo Bernabé pasó a ser un simple artículo de colección. Aunque las primeras versiones puestas a la venta ocupaban casi diez metros cuadrados, pronto siguieron el derrotero de las computadoras personales, terminaron siendo portátiles. La casa de Villa El Salvador y sus alrededores volvieron a ser ese ramal de cemento fresco que se confundía con los arenales recalcitrantes, se volvió a ver la fachada de las viviendas siempre a medio terminar o a medio empezar, y se recuperaron las usanzas de rutinas llenas de estudiantes plomos y tristes y borrachines sempiternos que no bebían por la juventud perdida, sino porque al otro lado les esperaba una eternidad abstemia.

Marité nunca olvidó a Teófilo, a pesar de los seis años. La última vez que lo vio, sin el enjuague de sus lágrimas, estaba sentado al lado de la ventana de la sala. Ella venía dispuesta a arrancarlo de allí, a llevárselo, a tomarlo por la razón o por la fuerza y endilgarle su amor hasta que se acostumbrara a su perfume joven y sin máculas, a darle calor a aquella piel de alabastro. Llegó como un ventarrón, despostillando las paredes a su paso, obligando a los clavos a crujir de desesperación, alterando la temperatura del medio ambiente sudoroso. Y no fue suficiente. Claro. Si era Teófilo Bernabé. Desde que la sintió acercarse, supo cuál era su intención y dónde terminarían. Lo asaltaron esos minutos de lucidez en que se percataba de que tenía la cabeza puesta sobre sus hombros cuadrados. Se dio cuenta de que tenía que decidir. Entre la sensación del beso desaforado, el cuerpo clamando por abreviar la extraña sensación de rozarse con un opuesto para encenderse como si fueran dos piedras coludidas; entre la sensación del amor eterno por la mujer a la que prometió rescatar de aquel pozo profundo y desconocido en nombre de eso por lo que tantas veces el ser humano se había enredado hasta con sus demonios. En medio de todo ello, Teófilo le dijo:

—Vete. Y no vuelvas más.

Se lo expresó de una manera tan tajante e hiriente que no quiso insistir. Vio a su prima del otro lado de la pantalla, impávida, con el cráneo limpio y el color sin color en las mejillas, dio media vuelta y se fue por donde vino. Solamente pudo recurrir a los brazos de Harold de Padua. Él la esperaba. Casi un adicto al Son de Cuba, seguía, al igual que todos los días desde que ella huyó, sentado en la barra, persiguiendo el espectáculo de la morena sacalagua que le ganaba en movimiento a su sombra por varias fracciones de segundos. Cuando la tuvo cerca, supo que estaba acertado en sus cálculos.

Casi al mismo tiempo, le cayó de sorpresa el nombramiento *de facto* como presidenta del Directorio de la Corporación Fantas, que pasó a ser la mayor controladora de los beneficios del Fantasmocopio. Le entró tan de lleno y con tanto vigor a la conducción de la trasnacional que solamente se acordaba de su propia existencia cuando la aquejaban los dolores de cabeza. Su convicción periodística cayó pulverizada. Además, estaba inmersa en la terapia de olvidar el desplante de Teófilo Bernabé. Trató de borrarlo por medio de todas las maneras humanamente posibles y, allí, presidenta de una firma que controlaba los derechos de los semivivos, sobrevivió a los intentos. Era un nombre prohibido en su jornal, un rostro imposible de mirar en fotografías, un peso fuera de los hábitos cargados a sus espaldas.

Pocos años después del primer día, el mundo tenía olvidado a aquel benefactor casual que lo envió directo al fondo y a la derecha. Ya nadie sabía quién era el creador del portento, puesto que, en la tolvanera de crear nuevos y mejores modelos, el Fantasmocopio fue adquiriendo una nueva identidad, hasta apartarse totalmente de su idea original. Marité tenía su propia versión, recién lanzada al mercado, que arrojaba datos numéricos sobre la cantidad de días que permanecía el occiso en el otro lado e informes pormenorizados de su estancia en la Tierra y un árbol genealógico digital hasta la novena generación. Hasta que la voz y la figura que apareció frente a ella la trasladó en una milésima al viejo episodio de la gélida mañana en que los ojos ígneos se plantaron para comunicarle que el mundo a partir de ese instante pasaba de ir en línea recta a doblar al fondo a la derecha. Era Cristo Moreno.

—¿De qué forma es que tan ingrata te has vuelto?

—No es ingratitud, don Cristo Moreno. Es la fuerza con la que he tratado y trato de olvidar.

—Pues recuérdalo ahora. Otra vez Teófilo va a cambiar el destino. En un frío lugar construye otro de sus aparatos y no sé —y se marchó de su presencia en la pantalla.

¿Qué sería esta vez? Trató de indagar a través de sus conocidos al otro lado, pero no pudieron o no quisieron darle razón. De su prima Gianina tampoco sabía nada. No quería darse explicaciones a sí misma por la inasistencia de su más querida prima. Prefirió dejarlo allí, para que el contubernio no le alcanzara cuando tuviera que partir. ¿Qué podría ser? ¿Dónde podría estar? Canceló la reunión de Directorio para emprender un corto viaje a la casa en Villa El Salvador. Las ideas se iban presentando sucesivamente en su cabeza. Tenían formas de figuras descabelladas e incesantes, y partían de las frases célebres que Teófilo solía descargar de su madurez impúber. Series completas de fotografías multicolores acechaban en desconcierto sobre sus sienes, sobre sus ojos, sobre las lágrimas suspendidas en los párpados. ¿Qué estabas tramando ahora, Teófilo? Recordó el lugar frío. El único lugar frío que podía conocer era el lugar donde había nacido. El altiplano oriental donde se respiraba helado al pie del lago. Encargó sus asuntos a los gerentes y secretarios, dejó una nota a los familiares para que no se preocuparan y un aviso a los miembros del Directorio: hacía uso de vacaciones forzadas. Salió con rumbo fijo.

Emprendió el viaje en el sentido inverso. Transcurrió por esa inmensa serpiente de asfalto que dormía sobre las rocas de las montañas de igual modo en que años antes un niño aindiado y

sorprendido llamado Teófilo había visto el cadalso de los abismos abriéndose paso como bocas arcaicas que engullían piedras. Era un viaje largo, tedioso, frígido, aunque igualmente apasionante por ponerse en el pellejo de él. Recordaba una conversación con Teófilo respecto al cielo, él muy claramente decía que el cielo tenía techo y allí se acababa. No existían maneras de que creyera lo contrario. Cuando llegó, no la afectó el frío legendario de las planicies, sino el aire áspero. Le dolían las fosas nasales solamente de respirarlo. Era igual que sentir una raspadura constante a través de los pulmones. Ay, Marité. Tú, toda tú. ¿Por dónde ibas a empezar?

Lógicamente que por el comienzo. Estuvo nueve días extraviada por la ausencia de noticias, yendo de atrás para adelante y de este a oeste. Vagó entre las burbujas sólidas de granizo. Pasó por el viejo local donde Teófilo arruinó una fiesta de carnavales. Nadie se había encargado de borrar la huella de la catástrofe desatada por esa afición suya de unir cable, electricidad, ingenio y pólvora. El puesto policial conservaba en su lugar —quién sabe si por reliquia o por olvido— los sacos de arena que se habían improvisado en sus torreones para repeler el supuesto ataque revolucionario. Desde allí, supuso que el camino para encontrarlo no sería muy difícil de hallar. Era una combinación de tener paciencia e indagar entre los moradores.

Pero, conforme se internaba en la provincia, cuanto más se sentía cerca de hallarlo o parecía olerlo o creía en su proximidad, descubría más remotas las ilusiones de volver a verlo. Lo sabía, porque el vacío en el estómago seguía latente, el pulso continuaba su arritmia y su rostro compungido era la punta de un heladísimo iceberg cocinado en saliva. Y el vacío crecía, parecía que se la comía por dentro, que le devoraba el páncreas, los cuatro riñones con que vino al mundo, el corazón, que por fuera era de hierro pero por dentro estaba hecho de papel mantequilla, los pulmones acostumbrados al gas lacrimógeno de las huelgas nacionales y a los rompe manifestaciones, los intestinos regulados al gramaje exacto de grasas y proteínas, hasta que se sintió explotar. A veces, prendía su Fantasmocopio personal e intentaba preguntar a los del otro lado si podían darle una pista, una referencia, un indicio, pero ninguno se creía investido de la autoridad para responderle. Ay, Marité. Tú, toda tú. Si el amor de Teófilo le había sido tantas veces esquivo, ni siquiera le había salpicado una minucia de ese amor puro, de ese amor inimitable, indeleble, parco. ¿Qué podría cambiar ahora las cosas?

Derrotada por los argumentos, decidió emprender el retorno. Si no, el vacío seguiría creciendo hasta convertirse en un tumor maléfico. La última noche la pasó en una vieja pensión de Huancané, con dos patios internos y una ducha sin terma a la que daba pavor entrar por el aire helado. Estaba cansada, apenas llegó a la cama cayó sobre la almohada y se durmió. Ni siquiera había alistado las cosas para el viaje del día siguiente. Cuando aclaró al alba, tenía plena conciencia de eso y trató de saltar de la cama como en los viejos tiempos, cuando caía automáticamente sobre las sandalias de baño y ejecutaba el cronograma diario con precisión de robot. Se dio cuenta de que por descuido había dejado la puerta sin cerrar. Allí, en el umbral, un perro chusco con ropita azul la estaba observando.

—Perrito, fuera —le dijo.

El perro respondió:

—Me llamo Campeón y esta es mi casa, así que de aquí no me voy.

A Marité casi le da un espasmo. El perro hablaba. ¿Cómo que hablaba? ¿Tú hablas? ¿Cómo te llamas? ¿Campeón me dijiste? Se levantó, se agachó, lo miró a los ojos y comenzó un interrogatorio detectivesco al cual Campeón respondía muy suelto de cola: el chalequito que llevo puesto tiene un montón de aparatos que hacen que yo pueda transmitir mi pensamiento a los seres humanos y ese trabajito lo hizo el bueno de Teófilo Bernabé. Yo no sé cómo hacía, pero resulta

que el trabajo le fue fácil. Lo difícil es que el idioma de los perros es arcaico, más antiguo que el arameo, y lo perdimos hace miles de años, cuando decidimos por cuenta propia hacer mutis para siempre, porque ¿sabe dónde queda un perro en un conflicto de familia? Así que dejamos de hablar y aprendimos a ladrar, solamente para ser imparciales. El trabajo fuerte ha sido la traducción.

Marité, que seguía obnubilada con el perro parlanchín, estaba esperando que se callase para preguntarle lo que tenía atravesado en la garganta como una daga de otomano. Cuando al fin se detuvo y sacó la lengua para sudar, le dijo:

—¿Dónde está?

—¿Ve el peñón que está terminando el pueblo? Justamente del otro lado.

Salió corriendo, sin aliñarse ni untarse el maquillaje, desesperada, porque ya estaba exánime de naufragar en la búsqueda. Corrió y corrió, con la vista fija en el peñón que le ponía fin al poblado, sin importarle los cuatro mil metros sobre el nivel del mar que reducían el oxígeno. Y, en medio de la loca carrera, se comenzó a reír. Con una risa incontenible y desbocada, como si la hubiera tenido guardada toda una vida dentro de sus concavidades. Se reía porque, conociendo a Teófilo, sabía que había inventado el aparato para hacer que los canes hablasen solamente por saber *a dónde van los perros cuando caminan apurados por las calles, como si tuvieran una cita o fueran a llegar tarde al almuerzo*. Corriendo, riendo, fatigada, seguía el derrotero de su búsqueda, hasta que llegó a la corona del peñón y vio el lago inmenso y hermoso que se juntaba con el cielo fosforescente.

Teófilo estaba abajo. Lo pudo distinguir, sentado en una de las piedras cercanas al lago, observando los criaderos de trucha flotantes sembrados sobre el agua mansa. Otra vez, frente al amor de su vida, María Estela recordaría uno a uno estos y aquellos detalles del día en que la historia de ella misma se desvió al fondo a la derecha. Siguió corriendo en esa dirección, convencida de que ya no le importaba el despecho letal que parecía una úlcera a tajo abierto; que si tenía que compartir a ese hombre con su prima que flotaba en la atmósfera, lo haría sin chistar; que no podía seguir viviendo con ese vacío en las entrañas, un vacío que no podía ser otra cosa que la soledad desoladora del amor fallido; y que, a partir de ese momento, ella, sí, Marité, tú, toda tú, se dedicaría a construir un fastuoso y complicado aparato para que Teófilo se enamorase perdidamente de ella, por los siglos de los siglos y Dios mediante.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de:

.....

en el mes de diciembre de 2018
Lima, Perú.

FOTO: DANTE PIAGGIO



CARLOS ENRIQUE FREYRE

(LIMA, 1974)

Es escritor y oficial del Ejército peruano. Ha publicado las novelas *El Fantasmocopio* (2010), *Desde el valle de las Esmeraldas* (2011), *El segmental* (2012), *El último otoño antes de ti* (2015), *Maxente* (2016) y *La guerra que hicieron para mí* (2018).

Es autor, además, de los guiones de las películas *Vidas paralelas* (2008) y *Gloria del Pacífico* (2014), esta última junto con Juan Carlos Oganés. En el 2016 publicó *Mario, cuadernos de un viajero*, un biopic en cómic del nobel peruano.

Desde diciembre del 2015, escribe la columna «Diarios de guarnición» en el portal web IDL-Reporteros, donde publica crónicas y experiencias de miembros de las Fuerzas Armadas en varios lugares del Perú. Ha vivido en casi todas las regiones de este país incandescente.

«Sin embargo, la noticia no estaba allí, sino en el cuarto contiguo, en la única habitación que tenía puerta y seguro con llave. Cuando pasaron, se encontraron con lo que bien podía fluctuar entre una antigua nave espacial, un tanque de guerra ruso o un taller de electrónico. Un intrincado caos de alambres y alambiques y consolas y botones y controles y palancas se esparcía en un desorden inexorable, incomprensible, inaudito. Había luces que parpadeaban de la misma forma en que otros aditamentos daban vida a las agujas de los controladores. Por encima, una pantalla de televisor adaptada emitía la

imagen de un ser sin cabellos y desnudo. María Estela se fue acercando».

.....

¿Qué pasaría si, de pronto,
descubriésemos que la muerte
no es el final?, ¿que no existe
el cielo ni el infierno?, ¿si
comprobamos la existencia de
Dios? ¿Qué pasaría si
pudiésemos comunicarnos
con los muertos?

.....

En una humilde casita de Villa
El Salvador, Teófilo Bernabé, un
hombre excepcional y misterioso,
ha creado una máquina capaz de
mostrarnos lo que hay más allá de
la vida; un aparato fabuloso que
permite contactarnos con los que
ya no están, y que cambiará para
siempre el curso de la humanidad.

Con un excelente manejo del ritmo y una trama cautivante,
Carlos Enrique Freyre incursiona en el género de la ciencia
ficción. A través de *El Fantasmocopio*, Freyre nos invita a
observar el mundo, la vida y la naturaleza humana de una
manera nunca antes vista.



eBook
DISPONIBLE

